

PRECIO: UNA PESETA EL TOMO EN TODA ESPAÑA.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

L A S

MOGIGATAS

ESCENAS DE LA VIDA



MADRID.

URBANO MANINX, EDITOR

CALLE DE RECOLETOS, 7.

URBANO MANINI, EDITOR.

LAS MOGIGATAS

19 Oct / 2. 7. 79
URBANO MANINI, EDITOR, MADRID

L A S
MOGIGATAS

ESCENAS DE LA VIDA

POR

D. Manuel Fernandez y Gonzalez



ADMINISTRACION

CALLE DE RECOLETOS, NÚM. 7

MADRID

Esta obra es propiedad de D. Urbano Manini, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPÍTULO PRIMERO.

Una hermosa niña.

Hace algunos años, al caer una tarde de otoño, iba por uno de los senderos que se extendían á lo largo del canal de Manzanares, más allá del tercer molino, una preciosa joven, sola, á no ser que se tomase por su acompañante un gran perro lebrele, tan flaco como podía estarlo, y tan viejo como el que más de los canes, pero ágil todavía y fuerte, á pesar de su flacura y de su vejez.

Iba rastreando delante de la niña, como cuidando de asegurarla el camino.

Y no estaba demás este cuidado, porque las cercanías del canal del Manzanares nunca fueron muy seguras.

La niña, que apenas si se la podía llamar mujer, era una gitanilla.

Un hermoso tipo de esa raza misteriosa que á través de los tiempos ha llegado hasta nosotros sin modificaciones.

Era de una belleza extraordinaria, de una belleza fuerte, si se nos permite la frase.

Singularmente, sus ojos eran soberanos; negros, con un incitante negro de carbunco; profundos, como un abismo en cuyo fondo se veían no sabemos cuantas dulzuras, no sabemos cuantos incentivos, no sabemos cuantos embriagadores misterios del alma.

Tenían, á la par, una infinita dulzura y una extraordinaria, una salvaje fijeza, una bravura indecible y un fuego irresistible.

Contrastaban de una manera maravillosa con su tez de un moreno intenso, pero tan límpido, tan sonrosado, que producía el efecto de una gran blancura.

Llevaba los cabellos, negrísimos, sedosos y ondulados, dentro de una especie de redecilla; en la parte superior de la cabeza, y al soslayo, una peineta dorada, dos grandes pendientes de coral, que la tocaban en los hombros, en las pequeñas y deliciosas orejas; en la garganta, larga, musculosa, acentuada, ensanchada en su base, delicada y voluptuosamente modelada, un collar de corales que caía largo sobre el levantado seno, y además cadenas de plata y oro y relicarios y cruces, con esa profusión con que adornan las gitanas su garganta; llevaba el seno recogido, pero perfectamente acusado, aunque en mengua del pudor, por una

pañoleta amarilla, bordada, con grandes flores de crepon de la India; desnudos los bellísimos brazos; cargadas de cintillos las manos diminutas; ceñido el breve talle por las puntas de la pañoleta; una falda muy corta de percal amarillo con flores encarnadas, á media pierna, con tres volantes rizados, medias blancas, muy finas, de algodón inglés, y unos zapatitos amarillos con el descote rizado, en unos piés imposibles, deliciosos, carnosos á pesar de su pequeñez, en armonía con la robusta y no por esto ménos deliciosa pierna.

Llevaba en la mano derecha una varita, iba con paso levantado y seguro como una corza, y pensativa y grave, lo que parecia extraño atendida su poca edad, que apenas si pasaria de los catorce años.

El perro rastreaba largo; se perdía en las ondulaciones del sendero, entre la espesura, y luego volvia á la carrera y echaba las patas á su ama, que se defendía con las manos de la fuerza del empuje, y tenia siempre una palabra de cariño para el animal.

Y caía la tarde; empezaban las sombras; la arboleada iba tomando esa vaguedad deliciosa y poética del crepúsculo, y en la inmóvil y verdosa superficie del canal se reflejaba una luz misteriosa que parecia venir de lo alto del cielo.

El lucero de la tarde relucia allá entre un rompimiento de los árboles, y el piar de los pájaros que se volvian á su nido se iba interrumpiendo.

En cambio se oía por todas partes el canto de los grillos y el racar de las ranas.

Un ambiente saturado de todos los campestres aromas refrescaba la atmósfera, y algun ladrido de perro de guarda revelaba que no lejos había lugares habitados, ó por lo ménos rebaños.

En efecto, no léjos de allí pastaban toros en la dehesa de la Muñoza.

Y allá iban la niña y el perro, pensativa y grave la una, cuidadoso y vigilante el otro.

CAPÍTULO II.

Una emboscada.

Mucho más allá del tercer molino, á la derecha del Canal, á la salida de un puente de madera, sentado sobre un guarda-canton, al lado de un caminejo de heradura, al pié de un grupo de viejos álamos negros, se veía la sombra de un hombre.

Habia oscurecido ya: por el próximo ferro-carril del Mediodía, acababa de pasar el tren correo; aún se oían los potentes silbidos de su locomotora.

Allá, á alguna distancia, cerca del Manzanares, se veía el turbio reflejo de una luz, á través de una ventana en uno de esos casuchos ó ventorrillos, que se encuentran en los alrededores del Madrid por todas partes, y que son generalmente puntos de cita y de parada y refugio de matuteros, ladrones y toda casta de mala gente.

El horizonte, al oriente, empezaba á aclararse; se acercaba la salida de la luna.

El hombre que estaba sentado en el guarda-canton tenia el aspecto completamente misterioso.

Su traje era un hábito de paño pardo con esclavina, y un gran sombrero de fieltro, viejo, y con las alas derrumbadas.

En la esclavina del hábito, en la parte anterior, se veían dos grandes conchas, y á la izquierda una cruz de Santiago; el sombrero estaba orlado por conchas más pequeñas; un largo bordon con una calabacita á su extremo, se apoyaba en el hombro derecho del peregrino, teniendo la extremidad inferior entre la yerba, á poca distancia de un pié de aquel hombre, que aparecía calzado con una sandalia.

El tipo era perfecto; pero no se veía nada del semblante del peregrino.

- Ocultaba la mitad de él el ala del sombrero, en la otra mitad no se veía más que una larga y espesa barba negra.

Por el color, por la frescura, por decirlo así, de esta barba, se podía deducir que aquel hombre era joven, ó por lo ménos, estaba en toda la fuerza de su virilidad.

¿Esperaba ó descansaba? Esto era lo que no podía deducirse.

De improviso sonó sobre el puente de madera, de una manera sorda y seca, el paso de un caballo.

El peregrino se puso violentamente de pié, y se volvió al lugar donde la marcha del caballo resonaba.

A poco el caballo llegó y se detuvo; le montaba un hombre pequeño, vestido exactamente como los vaqueros de la Muñoza; sombrero calañés, ancho y desgabilado, pañuelo en la cabeza, chaqueta de paño pardo, camisa sin cuello, chupa parda también, cinto de baqueta en vez de faja, calzones cortos, botines á la andaluza, zapatos blancos y una espuela vaquera.

La montura del caballo era ordinaria y vieja, á la jerezana y el bicho cenceño huesudo, flaco, y viejo, pero todavía fuerte y ardiente, revelando su origen de Córdoba.

Aun no habia echado pié á tierra el vaquero, que era un hombre de semblante cobrizo y rudo, con grandes patillas de boca de hacha, y como de cuarenta años, cuando abriéndose un pequeño tallar que detrás del grupo de álamos negros habia, apareció un fraile capuchino.

Debemos advertir á nuestros lectores que apenas han pasado dos años desde que tuvieron lugar los sucesos que vamos á referirles; por consecuencia, el uso de un hábito religioso, cuando estaban suprimidas las órdenes monásticas de hombres, era un abuso y tal vez un distráz.

Los tres hombres, el peregrino, el vaquero y el capuchino, se encontraron enseguida formando un gru-

po, que accidentaba enriqueciendo su composición el caballo.

—La paz de Dios sea con vosotros,—dijeron á un tiempo los tres hombres.

—Y con vuestro espíritu,—dijo á punto un cuarto personaje que apareció sin saberse de donde.

Este último individuo vestía el traje de guarda campestre, con su sombrero gris con chapa, su ancha bandolera de suela, su chaqueton con vivos encarnados, sus calzones, sus medias de trabillas, sus alpargatas y su carabina de doble sistema.

Las palabras que aquellos cuatro hombres habían pronunciado al aproximarse eran sin duda una seña.

Se dieron las manos como antiguos conocidos.

El vaquero tomó del arzon de su caballo una mediana bota, que anduvo á la redonda.

Después de esta libación, que dejó reducido el contenido de la bota á la mitad, el capuchino dijo:

—¿Qué hay de la duquesa?

—La estoy esperando desde puestas del sol,—dijo el peregrino.

—¿Y creis que vendrá?

—Inevitablemente; está enamorada.

—¡Enamorada!—dijo el vaquero,—las muchachas no saben lo que es querer bien; son voluntariosas, cualquier cosa las solivianta, y lo mismo toman un novio que lo dejan.

Se oyó entonces un gemido mal contenido.

Quien le habia lanzado era el peregrino.

—¿Está todo dispuesto?—dijo á continuacion.

—Todo, señor duque,—dijo el guarda campestre.

—¿Y sabe María de la O su origen?—preguntó el peregrino.

—Sí, su abuela se creyó próxima á la muerte y se lo ha revelado,—dijo el fraile.

—Silencio,—exclamó el guarda campestre;—yo oigo como las culebras y siento un perro que se acerca corriendo hacia aquí.

—¡Ah! ¿y crees tú que es ella?

—Sí, tiene un gran perro galgo que siempre la acompaña; el perro debe haberla avisado; debe haberse detenido.

—Persigámosla, pues,—dijo el peregrino,—si recela no pasará; quédate tú aquí Colás,—añadió dirigiéndose al vaquero;—nosotros te la traeremos.

Y á seguida el peregrino y los otros dos, es decir, el fraile y el guarda campestre, se lanzaron por el sendero izquierdo del canal hácia la parte de Madrid.

CAPITULO III.

Un misterio.

La gitanilla, María de la O, ó la duquesa, como mejor queramos, habia continuado tranquilamente su marcha precedida por su perro, á pesar de que ya habia cerrado la noche.

Pero iba pensativa y triste.

Su abuela la tia Guitajo la habia hecho seis dias antes una revelacion gravísima.

La tia Guitajo era una bruja, habitante en el baranco de Embajadores, que vivia sola en su solo cabo, en un casucho de un solo piso, compuesto únicamente de tres habitaciones, con su nieta la hermosísima María de la O.

Tenia muchos parientes entre los gitanos del barrio.

Pero no se trataba con ninguno.

La aborrecian porque era rica y no socorria á ninguno de ellos.

La tia Guitajo decia que todo lo que habia ganado era para su sobrina Maria de la O.

En vano habian ido á la bruja con plagas y misterios.

No habian sacado de ella más que malas palabras.

La habian, pues, negado, la habian desconocido, la habian arrojado de la familia, y no solo á ella, sino tambien á María de la O, que era la causa eficiente de la crueldad de la tia Guitajo para con su familia.

Desde mucho tiempo ántes de que apareciera al lado de la tia Guitajo María de la O, la vieja habia llegado ser rica.

Habia hecho su fortuna echando las cartas, diciendo la buena ventura, y vendiendo untos, afoites, bebedizos y remedios para no sabemos cuantas enfermedades.

Era, además, curandera y partera.

Un día, catorce años antes de la época de nuestro relato, se presentó un lacayo de gran librea en el tabuco de la tia Guitajo y estuvo encerrado con ella algun tiempo.

Salió, y la tia Guitajo dijo á sus vecinas que si preguntaban, que habian venido á buscarla para el parto de una gran señora.

En efecto, al oscurecer, llegó un carruaje cerrado

tirado por dos poderosas mulas y con dos criados.

Se detuvo á la puerta del casuco de la tia Guitajo.

Entró el lacayo; poco despues salió la tia Guitajo, compuesta, de su vivienda, y se metió en el coche que partió.

Al dia siguiente no hab'a vuelto aún la tia Guitajo.

Esto no tenia nada de extraño.

Pero pasaron dos dias, tres, una semana.

Esto era ya demasiado: sus parientes dieron parte á la justicia.

Se buscó á la tia Guitajo pero no se la encontró en ninguna parte.

No se sabia quien era la duquesa á quien habia ido á asistir.

Además, por aquel entonces, no habia ninguna duquesa en Madrid ni en las inmediaciones que hubiese estado próximamente necesitada de la asistencia de la tia Guitajo.

No se podia encontrar el rastro.

Y la tia Guitajo no parecia, ni se sabia donde estaba, ni se recibia carta ni noticia suya.

La justicia se incautó de lo que existia en la casa de la tia Guitajo.

Hay que advertir que el casuco era de su propiedad.

Se encontraron muchas y buenas alhajas, aunque antiguas; y en onzas de oro como ciento sesenta mil reales.

Se puso todo esto en depósito en una persona de responsabilidad nombrada por la justicia.

Con la autorización de la misma, se dejaron en el banco de España los ciento sesenta mil reales.

La casa se arrendó.

Los parientes se daban al diablo porque decían que la tía Guitajo había muerto sin duda, y que entre ellos debía haberse repartido la hacienda.

Pero era necesario llegar á los plazos legales.

Así pasaron seis años.

Al cabo de ellos apareció al fin un día en un coche de camino á la puerta de su casa, la tía Guitajo.

Traía una hermosísima niña de seis años.

Cuando la preguntaron los parientes que habían acudido, quien era aquella niña, respondió que era su nieta, y que se llamaba María de la O.

No dijo más.

Ni la justicia la pidió que comprobara nada acerca de la niña.

En efecto, la tía Guitajo tenía hijos en Murcia.

Podía muy bien ser su nieta María de la O.

La niña vestía el traje de gitanilla y tenía el tipo completo de los gitanos y un tipo delicioso.

Uno de esos tipos que solo se encuentran en Murcia ó en Sevilla.

Sucedió la singularidad de que la niña, sin dejar su traje de gitana, iba todos los días á uno de los mejores colegios; de los de más rumbo de Madrid.

Podía haber estado de interna.

Pero la tía Guitajo no podía vivir separada de su nieta: la adoraba, se miraba, como ella decía, en los espejos de sus ojos.

María de la O, sin dejar de ser gitana se había hecho completamente una señorita, no obstante su traje al que había tomado cariño y que llevaba con orgullo.

Y en verdad en verdad, que aquel bizarro traje, favorecía su característica hermosura.

CAPÍTULO IV.

Tres palizas preparatorias.

Seis días ántes del en que empieza nuestra accion, habian dado á la tía Quitajo, que ya contaba más de setenta años, una impía paliza.

La autora de esta enormidad, habia sido una hembra de alta barba: una tripicallera del Rastro, la señora Bernabela, la que estaba *amontonada* con... pero basta: no nos importa la historia de la señora Bernabela: tocamos en ella por incidencia.

El marido de la señora Bernabela, era una especie de tocino racional: escaso de mollera y de espíritu; pero le daba por las hijas de Eva.

Era parroquiano de la tía Quitajo que daba bebedizos y pastillas para embrujar á aquellos de quien se prendaba el señor Quico, que así se llamaba la compañera persona masculina de la señora Bernabela.

Se echó el señor Quico una *coima* de diez y siete años, y se tuvo aquello á brujería.

Se avisgó la señora Bernabela; se fué á dar un escándalo por todo lo alto á la mozueta.

Contestóle mal, por todo lo altísimo, la desvergonzada muchacha.

La trincó por el moño la señora Bernabela, que era hembra que sabía hacerlo, y con escándalo del pudor público, y en plenas Américas Viejas, y con un numeroso público, la dió una azotaina como para ella sola, y á más, cuando la muchacha salió aturdida de entre las piernas de su verduga, ésta la cortó la redonda mejilla izquierda con una medio navajilla, es decir, *la pintó un jabeque en la fila.*

La señora Bernabela se afufó en seguida temiendo la prevencion y aún la cárcel; y la justicia, ó no la encontró ó hizo como que no la habia encontrado; pero la encontró el señor Quico, y en venganza de su azotado y particular cariño, la dió una de *órdago*. Salió bufando la señora Bernabela como un toro agarrochado, y suponiendo que todo aquello negro y áspero que la sucedia, era por efecto de las brujerías de la tia Guitajo, y á buscarla se fué, la trincó por el pescuezo, la arrastró, la pateó, la descoyuntó, y si no acuden á quitársela, la aniquila.

En fin, tal fué el tratamiento, que la tia Guitajo se dió por muerta, y pidió confesion y la sacramentaron.

En fin, una noche, pidió la dejasen sola con su nieta, que tenia que decirla, y nieta y abuela quedaron solas.

CAPITULO V.

En que empieza á dar buenos resultados la paliza de la Bernabela.

—Hija mia de mi alma,—dijo la tia Guitajo á María de la O cuando se quedó sola con ella,—esa maldecida de la Bernabela me envia con Dios; y sin razon ninguna, que yo culpa no tengo de que el señor Quico sea un *arrastrao*; pero, en fin, que se cumpla la voluntad de su Divina Majestad; yo me voy y tú te vas á quedar sola en el mundo en que me hallo.

—Tú no te vas abuela,—respondió tranquila y dulcemente María de la O,—lo que tú estás es molida; ¡pero deja que yo la encuentre! yo la buscaré á la Bernabela, y la pincharé, yo te lo aseguro.

—No te metas en eso, María,—dijo la tia Guitajo,—que aunque á tí, corazoncito mio, no te faltan chichas para humillar á la Bernabela y á veinte como ella, eres

tú mucha persona, y muy principal para andar á la greña con unas tales *tierras*, oye tú, niña de mi alma, y te lo voy á decir para que de una vez pases el susto; tú eres duquesa, y grande de España de primera clase, porque sí, porque Dios lo ha querido, y si no lo eres ya es porque yo tengo la culpa, por una maldad mia, y sin duda para castigarme por esa maldad; Dios ha permitido que la Bernabela me mate de una paliza.

La impresion que causó esta revelacion en María de la O fué de tal manera, que por algunos segundos no pudo hablar una sola palabra.

—Mira, hija mia,—la dijo la tia Guitajo;—lo mejor es que vayas ahora mismo á buscar á don Lúcas el escribano y que vengas con él y con don Justo el tendero, y con don Nicolás el de la tienda de sedas, que son dos hombres honrados, para que sirvan de testigos, y así se hacen las cosas como se deben hacer, y despues no habrá ruidos ni pleitos, y los que tienen lo que no es suyo no tendrán más remedio que soltarlo; y no te tardes, hija mia, que tengo unas ánsias que me parece que de esta noche no salgo, y lo que tengo que decir requiere tiempo; anda, anda y vuelve cuanto antes.

María de la O salió y volvió á poco con el escribano y con los dos testigos.

CAPÍTULO VI.

De cómo puede haber un tesoro en la casa de una gitana.

Se encerraron con la que se creía moribunda, María de la O, el escribano don Lucas y los dos testigos, don Justo y don Nicolás.

La tia Guitajo estaba en un grito.

Decía que se iba por la posta

Pero aunque molida, aparecía fuerte

No tenía trazas de morir.

Sin embargo, como todos los que allí habían acudido se interesaban por María de la O, y se esperaba una importante revelación de la gitana, para que esta fuera más completa, acabaron de aterrarla demostrando todos que creían que estaba en las últimas, que solo le quedaban algunos momentos de vida.

—Esta niña que está aquí delante,—dijo la gitana

apresurándose á hacer su revelacion,—es la señora duquesa de Campolobo.

—¡Cómo! ¡cómo! exclamó don Luis el escribano.

—Ya ha abierto usted tanto ojo,—exclamó la tia Guitajo;—ya se le figura á usted que tiene entre las manos un lio y se está usted relamiendo; pero aquí hay dos hombres honrados que escuchan lo que yo digo y testificarán siempre.

—Si no se estuviera usted muriendo, Mariquita de la Paloma, seria cosa de ofenderse,—exclamó con muy mal acento don Lúcas.

—Pues porque me estoy muriendo, y para descargar de mi conciencia. debo decir la verdad,—exclamó con la voz temblona la tia Guitajo,—y fortuna que tengo que decir muy poco; ven acá hija mia, sácame de la bolsita que tengo colgada del cuello una llavecita que hay en ella: entretanto, usted don Nicolás y usted don Justo, aparten ustedes de donde está la tinaja del agua.

—¿Y para qué eso?—dijo con extrañeza don Justo, mientras María de la O buscaba en la bolsita que tenía pendiente del cuello la bruja, la llave.

—Ya verán ustedes lo que debajo de la tinaja se encuentran,—dijo la tia Guitajo;—todo eso es de mi nieta ¿lo entienden ustedes? escribalo usted muy claro, que luego no haya pleitos.

—Ya está aquí la llave, abuela,—dijo María de la O, que estaba muy conmovida.

—Pues vete con don Justo y con don Nicolás á la cocina; cuando quiten la tinaja levanta las baldosas que están en el rincón; coge para eso el almocafre que basta; á poco que caves encontrarás una orcilla: esa orcilla, niña de mis ojos, está llena de onzas de oro; encima de las onzas hay muchas ricas alhajas, encima de las alhajas. envueltos en un hule, unos papeles.

Al escribano le hormigueaba todo el cuerpo, sentía un leve zumbido en los oídos y se le hacia la boca agua.

—Antes de todo,—dijo don Nicolás que era hombre de negocios,—se extenderá la minuta del testamento de Mariquita de la Paloma. En el testamento, puede usted expresar, Mariquita todo lo que necesite dejar asegurado.

Se extendió la minuta y se firmó por los testigos.

Instituía su heredera universal á María de la O; declaraba donde se encontraría la herencia en dinero y alhajas que dejada á su nieta, y que, comoya se ha dicho, con este dinero y estas alhajas se encontrarían pruebas bastantes para demostrar y hacer valer que María de la O su nieta, era legítimamente la duquesa de Campo Lobo; nombraba además sus ejecutores testamentarios, y tutores de María de la O, á don Justo y á don Nicolás.

Se extendió el testamento, se firmó y se selló.

Don Luis el escribano, que ya había hecho cuanto tenía que hacer, fué despedido.

La tía Guitajo pidió que la dejaran sola para encomendar su alma á Dios.

Entre tanto María de la O, don Justo y don Nicolás se fueron á la cocina, separaron de su rincón la tinagilla del agua y su pié, y María de la O, provista del almocafre, que así se llama un pepueño utensilio de jardinería, levantó con suma facilidad las baldosas que estaban reblandecidas por una larga acción de la humedad, cavó en la tierra y como á un pié de profundidad, encontró una tabla; removida la tablase descubrió la boca de una orquilla; una como carpeta de hule apareció en cima; quitada esta carpeta se encontraron como hasta dos docenas de estuches de alhajas, por último una gran masa de oro acuñado.

Se sacó aquel oro, procurando que no sonase para que no se avisparse la vecindad.

María de la O dió una muestra de gran desinterés y de una noble confianza en don Justo y en don Nicolás, dejándolos solos con aquellas alhajas, con aquel dinero, para ir al lado de su abuela; únicamente se llevó bajo el brazo la cartera que contenía los papeles.

La vieja rezaba y más rezaba, pero lo hacía con voz entera, con mucha más fuerza que la que hubiera tenido si hubiera estado moribunda.

María de la O la consoló, la animó, la dió esperanzas.

De repente, la tía Guitajo dijo:

—Hija mia de mi alma, yo no estoy tan mala como ereia.

—Ya lo sabia yo, ya te lo decia, abuela,—contestó dulcemente la niña;—pero tu no querias creerme.

—Esa maldita Bernabela me ha desconyuntado,—dijo la tia Guitajo,—me duelen hasta las entrañas; pero hija mia, el estómago empieza á ladrarme; si estuviera muriéndome no tendria hambre, aunque bien es verdad que yo he visto pájaros que se han muerto comiendo: sea lo que fuere hija mia, dale una voz desde la puerta á Dieguito, y que me traiga una chuleta y un cuartillo.

Dieguito era un tabernero que vivia enfrente, gitano tambien, y que desde que María de la O habia empezado á hacerse mujer, andaba enamorado de ella.

Una gran chuleta recien asada fué llevada con un cuartillo del tinto á la tia Guitajo que comió y bebió con muy buen apetito, despues de lo cual se durmió.

Don Justo y don Nicolás habian contado el dinero que montaba á la suma redonda y justa de cuatro mil onzas de oro; es decir, un millon doscientos ochenta mil reales.

En cuanto á las alhajas eran cuatro adérezos completos, de perlas y brillantes de forma antigua, muchas y buenas sortijas, algunos brazaletes, pendientes y arracadas; don Justo que era inteligente, calculó que aquellas alhajas valian por lo ménos otros cuatro millones de reales.

Aquellos dos hombres honrados, hicieron un inventario de las alhajas y un recibo del dinero, dieron estos dos documentos á María de la O, y para tener aquellos valores en seguridad se les trasladó á la casa de don Justo.

María de la O, se quedó sola junto á su abuela que dormía.

CAPITULO VII.

De cómo unos cuantos papeles pueden cambiar gravemente la situación de ánimo de una persona.

Pero el mayor tesoro que la tía Guitajo había revelado á su nieta, eran los papeles que contenía la cartera de hule.

La abrió María de la O.

Encontró algunos papeles con el sello legal.

Uno de ellos era una partida secreta de desposorios entre el excelentísimo señor don Juan de la Villa de Heroz, duque de Campolobos, marqués del Riesgo, conde del Llano de Cebrian, grande de España, gentil-hombre del rey, capitán general de los ejércitos nacionales, del hábito de Santiago, caballero de todas las grandes cruces, con María de la O Guillen y Lamadrid, hija del tío Francisco Guillen, alias Conejo, y de María de la Paloma Lamadrid, gitanos, de oficio chisperos.

Esta partida de desposorios, radicaba en la parroquia de Santa María, y estaba, aunque secreta, en toda forma.

El segundo papel que vió María de la O, era una carta dotal, por la cual el duque de Campolobos, daba á su muy querida esposa la excelentísima señora doña María de la O Guillen, doce millones de reales de dote y todas las alhajas hereditarias de las señoras de la familia que, segun inventario, montaban al valor de diez y ocho millones.

Otro papel era la partida de bautismo de María de la O, como hija legítima de los excelentísimos señores duques de Campolobos: esta partida estaba excesivamente autorizada, legalizada, testimoniada: no habia lugar á dudas.

Habia, á mayor abundamiento, una escritura de reconocimiento en toda forma en favor de su *adorada* hija, la excelentísima señora doña María de la O, por su padre el duque de Campolobos.

Habia un pasaje en que se leia:

«El amor no conoce alcurnias; el amor es un sentimiento poderoso que á todo se sobrepone, que es más que la vida, es el alma, y si el alma no fuera inmensa y eterna, el amor sería más que ella, porque es infinito é inmortal; yo he conocido una mujer que me ha hecho sentir el amor, que se ha identificado conmigo, que tiene mi alma como yo tengo la suya: nuestra union estaba hecha desde el momento en que nos sen-

timos el uno al otro: esta union se ha realizado, pero secretamente: yo no he querido someter al alma de mi alma al juicio despreciativo de mis iguales en rango que jamás hubieran transigido con una gitana: ella que tiene la altivez del corazon, la adorada mia, se ha sentido satisfecha con mi amor, y con la seguridad de que nuestros hijos ocuparán un dia el lugar que les corresponde: yo he asegurado á mi hija doña María y á los que pudieran sobrevenir su posicion legitima, y como la muerte puede sorprenderme de improviso, he dado las pruebas necesarias para que reclame sus derechos y el de nuestros hijos á mi queridísima esposa.»

A María de la O le latia violentamente el corazon; teñia la sangre su hermoso semblante, alontaba de una manera poderosa, estaba excesivamente conmovida y en sus magníficos ojos lucia algo sobrenatural; Prieto, que así se llamaba el viejo lebrel que con ella hemos visto, estaba echado cuan largo era de costado á alguna distancia de ella, y la miraba de una manera singular, como si su instinto le hubiera dicho que su jóven ama habia cambiado de posicion. *

Dieron en esto las seis de la tarde.

María de la O se estremeció, se puso de pié: miró á su abuela: dormia profundamente.

—No está en manera alguna de peligro es claro: puedo faltar muy bien una hora.

Arregló la carpeta de hule, dobló todos aquellos

papeles hasta reducirlos al menor tamaño, y los guardó en el seno.

Luego salió y cerró la puerta del dormitorio.

Prieto la había seguido.

María de la O llamó á una vecina, vecina gitana tambien, y la encargó que mientras ella volvía estuviese al cuidado de su abuela.

Luego partió hácia la calle de Embajadores.

Prieto iba delante de ella á la carrera, volvía y adelantaba de nuevo.

Así llegaron á la calle de los Estudios de San Isidro.

El perro se entró por un portal; trepó por las escaleras hasta las bohardillas y arañó á una puerta.

Prieto conocia los secretos de su ama.

CAPÍTULO VIII.

De cómo una mujer se expone á un disgusto
yendo á visitar cuando no lo espera
á su novio.

Se abrió inmediatamente la puerta y apareció un
jóven.

Un jóven pálido, enfermizo, melindroso.

Un tipo completo, no de pichon, porque de pichon
no tenia nada, sino de sietemesino enteco y calentur-
riento:

Lo que más se veía en su pálido semblante eran
dos enormes ojos negros, bastante hermosos, melan-
cólicos, románticos, pero con un leve viso de apicara-
miento.

Un gorro encarnado cubría sus cabellos y vestía
una bata muy usada y muy estrecha.

Tenia en la mano izquierda una paleta con colores.

Se le nubló el semblante en cuanto vió á la hermosa María de la O.

Este movimiento no pasó desapercibido para ella. Su hermoso semblante se nubló.

El galgo había querido entrar en el cuarto, pero el sietemesino se lo había impedido, dándole con el pié, no tan fuerte que hubiera podido calificarse el golpe de puntapié, pero lo bastante para que María de la O se ofendiera de la manera con que se trataba á su leal compañero.

El perro venteaba.

Indudablemente, Luisito, que así se llamaba nuestro jóven, no estaba solo.

¿Quién podía estar con él?

Una mujer sin duda.

Sintió María de la O un borboton de celos que la subió del corazón á la cabeza.

Se puso pálida y en sus hermosos ojos negros irradió una mirada siniestra.

—Veo que he venido en mala hora,—dijo con el acento un tanto convulso y ronco.

Luisito dulcificó su semblante, hizo un esfuerzo por sonreírse y contestó:

—La hora en que tú vienes, siempre es bendita para mí: pero hay circunstancias...

—Sí, en que un hombre que se estima, y que sobre

todo estima á las personas que tiene en su casa, no puede recibir ni aun á sus amigos,—dijo María, cuya voz aumentaba en lo tembloroso, en lo sombrío.

La tranquilizaba, sin embargo, algun tanto el ver que Luisito tenia la paleta en la mano.

Tal vez se ocupaba de un retrato.

Tal vez la persona del retrato era una señora.

Tal vez aquella señora no queria ser vista.

Hay momentos en que el estudio de un pintor es inviolable.

Pero como María de la O no veia claro, los celos y la inquietud la devoraban.

Porque debemos decir, aunque ya lo habrán comprendido nuestros lectores, que el sietemesino Luisito era el amor de María de la O.

Amor puro, amor señado, amor de niña, pero por lo mismo, más voluntarioso y más exigente.

Prieto seguia venteando y gruñia.

Luisito continuaba impidiendo la entrada al perro.

En aquel momento sonó dentro una tos femenil.

Una tos fresca y sana, si se nos permite la frase; tos que parecia salir por una boca muy pequeña.

Voltearon los ojos de María.

Partió de ellos un relámpago de muerte.

—Tú tienes dentro una mujer,—dijo con una voz extraña, convulsa, amenazadora.

—Sí,—dijo Luisito, en efecto, pero yo soy pintor.

—Ah, sí,—dijo María,—una que ha venido á retratarse.

Y habia en su acento sarcasmo y desprecio.

—En efecto, es una señora, una gran señora, que se retrata en secreto: las cosas del mundo: su marido no tiene noticia alguna de este retrato, que debe ser enviado al extranjero.

—Me parece,—dijo María,—que yo le voy á hacer algo á esa señora.

—Harás mal: paga bien: y ¿con qué hemos de carnos? bueno es que yo gane.

—Yo soy millonaria y gran dama,—exclamó María,—y nos reiremos de esa desvergonzada, tú y yo.

Se repitió la tos en el interior, pero ya mas impaciente.

—No quiero escándalos,—dijo María que estaba de todo punto descompuesta,—pero te juro que tú y ella os habeis de acordar de mí.

Y se lanzó rápidamente por las escaleras.

El perro la siguió gruñendo.

No parecia sino que el animal se habia puesto al cabo de todo.

María de la O llegó jadeante al pié de las escaleras.

—Yo me meto aquí; yo aquí me escondo,—dijo á la portera, y al mismo tiempo la dió dos pesetas.

—Bueno, hija mia, bueno, escóndete si te hace falta,—dijo la portera que no creyó que debia tratar con

mucho respeto, por mas que fuese hermosísima, á una gitanilla.

María de la O se metió en un oscuro rincon de la portería.

Llamó á Prieto y le hizo echarse á sus pies.

Desde donde estaba, debia ver necesariamente á todo el que entrase y saliese en la casa.

CAPITULO IX.

Un señorito á la moda.

Luisito cerró la puerta preocupado.

Sabia que tenia sobre sí una tormenta.

No amaba á María de la O, pero estaba enamorado de ella; era un enamorado hambriento; María no le habia concedido el más leve favor.

Y María estaba ciegamente enamorada de él; pero era dura como una roca, tenia una virtud, una dignidad y aun una altivez tales, que estaban por cima de todo enamoramiento.

Aquello que María le habia dicho: «soy millonaria y gran dama», aumentaba su preocupacion.

No podia comprenderlo; ¿era que algun hombre rico habia seducido á María?

Luisito era uno de esos hombres contaminados por la corrupcion, colocados completamente dentro de la

vulgaridad, que creen que el dinero es omnipotente; que no hay nada que le resista.

Su amor propio y sus celos se irritaban; sabia que María de la O debía ser un día rica, porque la tía Guitajo lo era y debía heredarla; él vivía, en gran parte, con el dinero que de buena fé, por amor, le daba María; era un pintor mediano, se le pagaba poco, se ejercitaba en copiar, y aún así escaseaba el trabajo; comprendía por lo que veía que María de la O fuese rica, pero lo de millonaria y gran dama, no le cabía en la cabeza sino por una razón deshonrosa.

Por lo que ya hemos dicho, nuestros lectores habrán comprendido en gran parte lo que era Luisito; una especie de chulo algo más elegante y algo mejor educado que los chulos de vuelo bajo; pero con todas sus cualidades: sin vergüenza, desordenado, timbista, maton á su manera é insolente, y acostumbrado á vivir de las mujeres.

Hoy nadie extraña esto; la vida es cara; cada cual usa los medios que tiene; es la manera de ser de nuestro tiempo; el espíritu de la civilización, el positivismo... bien que en todos los tiempos ha sido lo mismo; el pobre Camoens decía en el siglo xvi muriendo en un hospital: «Oro y plata, esa es la vida; todo lo demás es ilusión».

La hipocresía, la mogigatería hablan de otra manera: ¡el espíritu! ¡Dios! ¡la bienaventuranza!

Pero el mundo se encarga de despertar á los que

sueñan: la pobreza es un despertador de primer orden: no da lugar á sueños de ninguna especie; desde el fondo de la miseria se conoce cuanto vale ese metal que los soñadores llaman miserable... mientras lo tienen, esto es, mientras pueden soñar.

La generalidad no sueña; conoce lo positivo, y no solo lo acepta, sino que lo practica.

¡Vivir de mujeres! ¿y por qué no? es una bella y sabrosa manera de vivir, siempre que no se trate de viejas asquerosas; y aun así los que viven de la práctica de lo positivo han educado su estómago, le han acostumbrado á todas las repugnancias, como han educado su conciencia y la han acostumbrado á todas las bajezas, á todas las infamias, y aun á todos los crímenes; ¡la vida es cara! ¡es necesario vivir, vivir á todo trance y de la mejor manera posible!

No hay nada tan estúpido como la moralidad, ni tan necio; basta con cubrir las apariencias, con dorar lo negro: y hay está la prensa; por muy pocos reales gastados en algunas líneas de impresion. la mujer más despreciable, más repugnante, más fea, más asquerosa, puede ser de pública notoriedad la bella y distinguida, y virtuosa y caritativa señora ó señorita; cien reales al mes y cada mes se da una campanada con este pretexto ó con el otro, hasta que sellega á una altísima celebridad de mil doscientos reales al año; ¿y qué mujer busca-vidas no tiene para sostener este artículo, no ya de lujo, sino de todo punto utilísimo?

Luisito, pues, no era otra cosa que un ejemplar del libro que todos conocen, que todos saben de memoria.

Tenia *facultades*, como se dice ahora, para vivir de *momio*, como ahora tambien se dice, y para usar en toda su extension del *infundio* (bella palabra, admitida ya en el caló de café); así es que andaba siempre bello, volando de mujer en mujer, como una mariposa de flor en flor, de salon en salon, de fonda en bodegon, de café en timba, y siempre audaz, siempre interesante para ellas, con su abultada cabellera negra ondulada, con sus anchas cejas, sus ojos fosforescentes, su demacracion dulce, que daba algo de espiritual á su belleza, y su palidez febril que parecia representar una gran fuerza de pasion, y que en realidad no era otra cosa que el resultado de una continúa crápula.

Tenia *chic*, como se dice tambien ahora, y conocia á la perfeccion el arte de adular á aquellos á quienes necesitaba; poseia el arte de introducirse, y el de pedir imponiéndose y de un modo tal que no habia lugar á la negativa; conocia el arte de hablar á las mujeres, de ser con ellas procaz y cínico, sin que se ofendieran, en fin, era lo que podia llamarse una lumbre-
ra de la chulería; un doctor *in utroque*.

Sabia embellecer sus asquerosos defectos hasta el punto de hacerlos amables; en él todo era gracioso y oportuno; todo resultado de un grande espíritu, de un gran don de gentes.

Sus cuadros de género eran amanerados y frios, eran celebrados por la prensa, y aun alguna vez premiados en las exposiciones; no acabaríamos nunca si hubiéramos de decir cuánta era la habilidad, cuánto el ingenio que Luisito tenía para buscarse la buena vida, y tenía muchos amigos, y sobre todo, muchas amigas.

Y como Luisito hay en todas las grandes capitales un número incalculable de busca-vidas, de úlceras, que corrompen todo aquello con lo cual se ponen en contacto; son frutos de la civilización.

CAPÍTULO X.

Una buena muestra de hasta dónde puede llegar el amor de una vieja buena moza, por un joven bonito.

Luisito cerró de muy mal humor la puerta, y gravemente preocupado como ya hemos dicho.

Atravesó un pequeño recibimiento.

Entró en su estudio, que era extenso y con magníficas luces.

Al extremo de él había una puerta.

En un gran caballete había un lienzo enorme en que aparecía, bosquejado ya, un retrato de mujer, de cuerpo entero y de tamaño natural.

Era alta, buena moza, ya entrada en años...

Pero es inútil que describamos el retrato, puesto que vamos á hacer entrar en escena el original.

Luisito se fué á la puerta que hemos dicho había en el fondo del estudio y la abrió.

Aquella puerta correspondía á un pequeño aposento oscuro.

Salió una mujer, mejor dicho, una señora, á juzgar por su apariencia.

Estaba en gran traje de *soíree*.

Como se la representaba en el retrato.

Tenia los caballos peinados á la romana de una manera voluminosa, artística.

Sin duda tantos cabellos no eran suyos.

Tal vez no tenia ningunos.

Si se reparaba bien, se notaba que llevaba peluca.

Una peluca admirable.

Era necesario ser muy práctico y tener muy buena vista para conocer que aquello era una peluca.

Lo negrísimo, lo sedoso, lo luciente de los cabellos contrastaba admirablemente con lo blanco y nacarado de la tez de esta dama.

Pero aquella blancura, aquel leve sonrosado que aparecia en el semblante, en la garganta, en los hombros, en el pecho de aquella señora, tampoco eran suyos.

Era lo que ahora se llama esmalte.

Un revoque.

Pero un revoque tal, que suplanta la frescura de la juventud, que tapa los años.

Vestia un traje amplio, grandioso, de majestuosa plegadura, de una esquisísima tela de seda, color de rosa fuerte, con encajes negros y adornos con pequeños ramilletes verdes.

Tenia prendido un magnífico aderezo de diamantes.

Un lapidario no hubiera podido decir si aquellos brillantes eran finos ó de imitación.

Las formas de esta señora, eran algo más abultadas de lo que tal vez hubiera convenido; pero sin embargo, bellísimas, voluptuosas, incitantes.

Habia, además, algo de lúbrico, algo de voraz, en la acentuación de su boca y en el fulgor de su mirada candente.

Estaba, además, conmovida.

Miraba á Luisito con un recelo iracundo.

—¿Quién era, en fin?—preguntó.

—Nada: se habían equivocado,—dijo Luisito:—buscaban á no sé quién.

—Yo he oído una voz de mujer,—dijo la señora.

—En efecto, una mujer era.

—Una voz de niña.

—Es verdad, es muy joven.

—Y tenía ese acento gachón y consentido que tienen las muchachas guapas.

—No he reparado en ello.

—Parece como que reñía contigo.

—Esto es insoportable, celosita mía, si seguimos así acabaremos por tener un disgusto: esas son manías tuyas.

—Tengo derecho á tener manías respecto á ti.

—Sí, ¿y por qué?

—Me tienes sacrificada, comprometida, el otro empieza á reparar en que gasto demasiado: yo me disculpo con las obras de caridad; pero recela: es un tigre, tengo, pues, derecho á tener todas las manías que quiera tratándose de tí, primero, porque te amo, y despues, porque me lo debes todo.

—Maldita sea la primera vieja verde que Dios ha echado al mundo,—exclamó Luisito arrojando con cólera la paleta:—no basta sufrir lo que ellas son en sí; es necesario sufrir tambien sus rarezas, sus celos ridiculos: me canso; esto no es sostenible.

—Y sobre todo,—exclamó Margarita,—va produciendo ya poco.

Habia algo de fiero, de terrible, de amenazador en el acento con que pronunció estas palabras.

—Yo, señora,—dijo Luisito con una entonacion melodramática del género romántico,—no he buscado en las mujeres más que el amor... si algo he tomado de ellas en la confianza del amor ha sido... porque, en fin, cuando dos se aman, los bienes son comunes como son comunes los sentimientos, las apreciaciones; pero usted, sin duda, no tiene la delicadeza de alma que yo suponía: usted calumnia mis intenciones, usted me desconoce, y anunció á usted con toda la formalidad, con toda la decision de que soy capaz, que todo ha concluido entre nosotros.

—¡Qué! ¡qué dices!—exclamó Margarita.

Y no se la conoció la palidez, porque no podia sal-

tar la palidez por cima del esmalte que la hermo-
seaba.

Pero empezó á dar hípidos, se acongojó y se dejó
caer en un divan.

Amagaba un accidente.

—¡Diablo!—exclamó para sí Luisito;—la alferecía,
ya la tenemos, y el histérico revueltos; pues ya hay
para rato; ¡y yo que queria ir á buscar á María de la O!

—¡Agua! ¡agua!—exclamó Margarita;—¡yo me aho-
go! ¡se me aprieta el corazon!... ¡yo muero!...

—¡Mónica! ¡Mónica!—exclamó Luisito, yendo á una
puertecilla y llamando.

Apareció inmediatamente una mujer como de cin-
cuenta años, pero bien conservada, y tan retocada co-
mo la duquesa; tenia facha de doncella de señora de
alto coturno, de gran señora; vestia de una manera
muy modesta; un hábito carmelita, un pañuelo negro,
y un gran manto con velo.

—¡Ah! ¡ah! ¡le ha dado el accidente á la señora!—
exclamó;—¡Dios quiera que no sea como el último!
¡creimos que se nos iba!

Y arremetió á su señora, y la aplicó á las narices un
botecillo que sacó de su faltriguera.

Margarita estaba traspuesta, con los ojos en blan-
co, y aparecia tiesa y rígida.

—Usted la va á matar, ¡don Luis,—dijo Mónica;—
usted no sabe lo que por usted sufre, y á lo que está
decidida por usted; ayer me decia: ¡es necesario que

veas el medio de que á ese hombre le dé una enfermedad; yo necesito ser libre; yo no puedo vivir con él!

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Luisito;—¡eso piensa!

—¡Bah! la señora está por lo positivo.

—¡Pero un envenamiento!

—Yo no he dicho ni una sola palabra de envenenamiento,—se apresuró á decir Mónica;—solo digo que la señora duquesa está deseando que se muera su marido para casarse con usted.

Apareció algo siniestro en los ojos de Luisito.

Miró profundamente á Mónica.

—¿Conque tanto me ama Margarita?—exclamó.

—¿Qué si ama á usted? no es ya amor, es condenacion; usted debe haberla dado algo, don Luis; eso no hay quien á mí me lo quite.

—Pero si enviuda,—dijo Luisito,—perderá su título y sus rentas pasarán á otro.

—Pasarán á ella,—dijo Mónica,—porque la señora es la parienta más inmediata del señor duque.

A todo esto, Margarita ni oía, ni veía, ni entendía. Estaba traspuesta.

Dominada por un accidente epiléptico, que no era violento.

Mónica continuaba haciéndola aspirar sales.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Luisito;—yo no creí que me amara tanto... y la verdad es que yo la amo; á pesar de sus sesenta y cinco, se conserva muy fresca, muy bien conservada; ¡lástima que sea calva!

—¡Pero se hacen hoy tan bien las pelucas, don Luis!

—Es verdad; y luego, que lo que importa es el corazón.

—Silencio, que ya vuelve en sí,—dijo Mónica.

—Pues váyase usted, que yo acabaré de reprimírselo.

—Dígala usted que la ama mucho, mucho, muchísimo, hasta reventar por ella, y es el mejor remedio que la puede usted dar.

Y Mónica se fué.

En efecto, la duquesa empezaba á volver en sí.

Cuando se recobró algun tanto, echó los brazos al cuello á Luisito y rompió á llorar.

Luisito la piropeó, la acarició, la pidió perdon, hizo con ella cuantas ternezas son imaginables, y al fin, y como por arte de magia, su excelencia se repuso completamente.

Caía la tarde; el sol se había puesto; era necesario separarse.

Su excelencia tenía que ir á sus devociones.

Había ejercicios en la bóveda de San Ginés; á ellos debía asistir el duque; su buena esposa no podía faltar.

Entró en el aposentillo situado al extremo del estudio.

Mónica la mudó de traje.

La puso un hábito carmelita, un pañuelo negro y un manto con velo.

Luego puso en un estuche el aderezo.

—No,—dijo Margarita,—no te lo lleves; déjalo ahí como si te se hubiera olvidado.

—Pero señora,—exclamó Mónica,—vea vucencia que este aderezo pertenece á las alhajas de familia.

—¡Y qué importa!

—Que vale por lo ménos medio millon.

—No le hace; vale más mi amor; déjalo ahí; mañana traeré otro.

—¡Con tal de que no sea para dejarlo olvidado!...

—¡Y qué importa! ¿no ha de ser al fin suya mi fortuna? ¿no ha de ser mi marido? el duque está achacoso y morirá pronto; es muy posible que se quede en Panticosa.

Luisito escuchaba pegado al quicio de la puerta.

Se separó rápidamente, cogió su paleta y se puso á limpiarla.

A poco salió su excelencia.

Se despidió tiernamente de Luisito, quedando citada con él para volver al día siguiente á las tres á continuar el retrato.

Hacia un siglo que aquel retrato se pintaba, por encargo del duque.

No se acababa nunca.

El duque habia acompañado algunas veces á su mujer.

Pero estaba resentido del pecho, y le fatigaban extraordinariamente tantas escaleras.

El duque habia visto expuesto el retrato de una actriz muy conocida y muy bella, pintado por Luisito, en una tienda de la calle de la Montera.

Le gustaron el dibujo, la manera, el color.

Preguntó por el pintor.

Le dieron su nombre y sus señas.

Al dia siguiente, fué á verle con su mujer, y se empezó el retrato.

Al tercer dia la duquesa fué únicamente acompañada por Mónica, al estudio del pintor.

Se habia enamorado de él y se lo dejó conocer.

Luisito aceptó aquellos amores, los halagó, los convirtió en su provecho.

Aquel retrato debia valerle un dineral.

Seis meses despues de haberse empezado aún estaba en bosquejo.

Como que servia de pretexto.

El duque no extrañaba que la obra durara tanto tiempo.

Las obras maestras no se hacen en dos dias.

Y á la sombra de esta obra, seguia el adulterio, y el robo al marido y se elaboraba la muerte del mismo

CAPÍTULO I.

Una buena muestra de mogigatería.

Luisito no se anduvo en delicadezas.

Apenas hubo salido la duquesa, entró en el cuarto donde había cambiado de traje y tomó el estuche que contenía el aderezo.

Le abrió: fué á la ventana y le miró á la última luz del crepúsculo.

Deslumbraban, sin embargo de lo escaso de la luz, los magníficos brillantes.

El traje que la duquesa se ponía para ser retratada, estaba en una escusabancija

Luisito se vistió para irse á comer según su costumbre á la mesa redonda del café de la Perla.

Pero aquel día debía comer más tarde.

El estuche era tan grande que no le cabía en ningún bolsillo.

Le envolvió en un papel.

Bajó.

Ya no estaba María de la O en la portería.

La portera le dijo que allí había estado María acchando, esperando á que bajase la duquesa, y que cuando ésta había bajado con Mónica, la había seguido.

—Tiene usted loca don Luis á la pobre gitanilla,—añadió la portera,—y es una lástima: por que ella dice que es millonaria y duquesa, y que como usted no la quiera va á hacer y vá acontecer, ¡vaya una suerte que tiene usted, don Luis! la una señora que suda oro, y la otra una chica mas hermosa que un sol: para usted es la vida.

—Vaya, quede usted con Dios, señora Ruperta,—dijo Luisito, que estoy de prisa.

Y salió.

En la misma calle del Estudio, hay prenderos ricos que especulan con la compra de joyas.

Luisito conocía á uno que vivía mas abajo de su casa.

Estos industriales cierran al oscurecer.

Cerrando estaba la puerta cuando llegó Luisito.

Le dijo que tenía que hablarle y se entraron.

Se metieron en un cuartucho.

Luisito exhibió el estuche.

El usurero le abrió é hizo un gesto de admiración, de satisfacción:

—No se ve de esto todos los días,—exclamó;—es an-

tiguo, muy; antiguo pero lo bueno y loricó siempre están de moda. ¿Y á qué me enseña usted esto, don Luis?

—Para vendérselo á usted,—contestó con un gran aplomo nuestro pícaro.

—¡Venderlo! ¡venderlo!, supongo que aquí no habrá compromiso: que usted conocerá la procedencia de estas alhajas.

—Pues por supuesto,—dijo Luisito,—me las ha regalado cierta señora que me ama, que se interesa por mí, que quiere hacerme una fortunita.

—Usted dispense, don Luis,—dijo el usurero,—pero una mala tentacion cualquiera la tiene. . . y yo, francamente, soy muy delicado, mucho, muy delicado de conciencia, y muy temeroso de Dios: yo he hecho limpiamente, muy limpiamente los cuatro cuartos que tengo, y no quiero mancharme cuando ya soy viejo y estoy próximo á presentarme ante el tribunal de Dios; pero tratándose de usted, yo no tengo, yo no puedo tener desconfianza, y desde luego entro en tratos: ¿usted sabe lo que valen estas alhajas?

Y el judío fijaba sus pequeños ojillos relucientes en Luisito.

—Yo quiero cuarenta y cinco mil duros,—dijo Luisito.

Habia oido decir á María que el aderezo valia medio millon.

Habia añadido veinte mil duros.

Siempre habia tiempo de bajar.

El usurero no hizo señal alguna de extrañeza.

—Yo no digo,—exclamó,—que un aderezo semejante á este no costara hoy cuarenta y cinco ó cincuenta mil duros; pero una cosa es comprar y otra vender: además de esto, aderezos de tanto valor son de muy difícil salida; se amortiza en ellos un capital, y hay que tener en cuenta el valor del dinero; voy á ofrecer á usted, y de ello no subo un solo céntimo: treinta mil duros en el acto, en buenos billetes de á mil reales.

—¿Y qué renta dan treinta mil duros?—dijo Luisito.

—Si usted sigue mi consejo, les puede usted sacar de cincuenta á sesenta mil reales.

—Pues me conviene el trato,—dijo Luisito,—además de que yo se que es usted un hombre de mucha conciencia, é incapaz de quedarse con nada de nadie.

—¡Ave María Purísima! ¡Dios me libre!—exclamó con voz compungida el Iscariote,—preferiria ir á San Bernardino, á quitarle á nadie ni un céntimo.

Entre tanto habia hecho desaparecer el estuche en un profundo cajon de la mesa.

Luego se levantó y se metió por una puerteciilla.

Salió algunos minutos despues.

Traia una gran porcion de billetes.

Los contó á Luisito.

Eran cinco cincuenta.

Luisito los tomó sin examinarlos, los dobló y los guardó en un bolsillo de su levita.

—Vamos,—dijo Luisito, á quien habia embriagado la posesion de aquel dinero, y que se creia por él el hombre más rico del mundo;—convido á usted á comer á donde usted quiera, y luego le llevo á usted al teatro.

—Me es imposible salir, señor don Luis,—dijo el prendero;—imposible de todo punto, otra vez será; yo lo agradezco como si lo disfrutara; además, yo nunca salgo de mi casa de noche; estoy achacoso y el re-lente por leve que sea me hace mucho daño.

—Pues hasta otro dia, amigo,—dijo Luisito.

Y se levantó.

Le tardaba salir.

En cuanto al usurero, le tardaba quedarse solo.

Echó fuera á Luisito.

Cerró la puerta.

La atrancó.

Luego se fué al cuartucho, abrió el cajon y sacó el estuche.

Le abrió y sacó algunas herramientas.

Desmontó todas las piedras.

Las metió en una caja.

Luego las ocultó en el secreto de un mueble.

Quedaba un medallon de oro esmaltado, que habia prendido en el collar.

No tenia piedra alguna.

Era de un trabajo primoroso.

Por un lado tenia un escudo de armas.

Por el otro el retrato de una mujer jóven y hermosa, extraordinariamente parecida á María de la O; como que hubiera podido pasar por su propio retrato.

Luisito no habia podido reparar en esto.

La duquesa no habia dejado ver nunca más que la cara del medallon donde estaba el escudo de armas.

—¡Diablo!—exclamó el prendero,—¡y cómo se parece este retrato á la gitanilla que pasa con tanta frecuencia por la puerta de la tienda, y que tanto mira á veces las pedrerías que hay en el escaparate! y no, no es casualidad; este es un retrato exacto; pero lo que no tiene duda, á juzgar por el retrato y por la hechura, es que ese esmalte se ha hecho por lo menos hace diez y ocho años; ¿no pudiera ser muy bien este el retrato de la madre de la gitanilla, ó por lo ménos de una parienta suya? Aquí puede haber una historia, y esta historia puede producir; guardaré este medallon; el escudo es indudablemente el de los duques de Campo Lobos; hé aquí los tres lobos negros empinantes, en campo de plata; y encima la cábría de oro, en campo rojo; y por orla roeles, y al timbre corona de duque. Veamos, veamos; de aquí puede salir algo, y es bueno no desaprovecharlo. Y ¿será este aderezo robado? ¿y qué me importa? que lo busquen.

Este era el timorato, el que jamás habia quitado á nadie un solo céntimo.

Recogió los fragmentos de oro que habian resultado de la desmontadura de las piedras, y se entró en otro cuarto.

En el habia un hornillo.

En el hornillo un crisol.

Puso el prendero el oro en el crisol y avivó el fuego; poco despues el oro, fundido, se habia convertido en una barra.

Las piedras debian ser remitidas al dia siguiente al extranjero.

El aderezo habia desaparecido.

Se habia perdido.

Nadie podia hacer cargo á aquel hombre de haber comprado alhajas robadas.

CAPITULO XII.

Principios de Campaña.—Una buena esponja.

María de la O se había ido detrás de la duquesa y de Mónica.

Nadie, al verlas por la calle, las hubiesen tomado sino por las mujeres más sencillas y más timoratas del mundo.

Tenian el aspecto más severo, más religioso, más seráfico que podía darse.

¿Como creer que aquella señora era una adúltera que premeditaba el asesinato de su marido por unirse con el bribon que la enamoraba, y que la otra mujer, que la acompañaba, y que parecía una bendita, era su cómplice?

Las apariencias han sido, son y serán siempre lo más falible del mundo.

María de la O siguió tras ellas á distancia.

Por los informes que la habia dado la portera, sabia que aquella señora era la que habia estado encerrada con Luisito, y por la cual Luisito no la habia dejado entrar.

Necesitaba saber dónde aquella señora vivia.

Ardia ya en ódio contra ella.

Estaba dispuesta á todo.

La siguió.

El lebrél iba detrás de María con el hocico pegado á su falda.

La duquesa se metió al fin con Mónica en la iglesia de San Ginés.

Bajó á la bóveda.

María esperó en la iglesia.

Cuando terminaron los ejercicios, cuando la duquesa salió de la bóveda, María la siguió.

Y la siguió.

La duquesa habia entrado en un carruaje.

María no tuvo tiempo de tomar un carruaje de plaza.

Temia se la escapara la duquesa.

Ésta habia notado que se la seguia.

Por instinto habia conocido que la seguia su enemiga.

Habia mandado á su cochero corriera.

María se vió obligada á seguir el coche á la carrera.

¿Pero que importaba?

Era necesario que ella tuviera una explicacion aquella misma noche con su enemiga.

Nuestra accion se complica.

Tenemos que retroceder.

Tenemos que seguir al escribano.

En el momento en que salió de la casa de la tía Guitajo, se fué á la calle Mayor á una casa situada cerca de la Almudena.

Se entró como si hubiese sido suya propia.

Se hizo anunciar al señor duque de Campolobos:
Fué recibido inmediatamente.

El duque era un hombre alto y flaco, y como de cincuenta años.

Tenia el color un poco cetrino, los ojos hundidos en los alveolos, la nariz afilada, la boca comprimida, los pómulos salientes, los cabellos canos y teñidos, las cejas en forma de guardapolvo.

La expresion recelosa de su semblante, dejaba ver la mezquindad, más aún, la avaricia.

Habia en él más que altivez, dominio.

Era un sér completamente antipático.

Era hermano del padre de María de la O.

No conocia á ésta.

El difunto duque habia muerto [de repente, y soltero en la apariencia.

Con su mujer se habia cometido un crimen.

El duque de Campolobos habia hecho todo cuanto ha-

bia sido necesario hacer para heredar á su hermano.

Se creía seguro en la posesion del título y de los estados de su casa.

El escribano fué á despertarle.

Lo que sucedia era gravísimo.

María de la O podia probar que era hija legítima del duque de Casalobos difunto.

—¿Y no hay un medio,—dijo el duque,—para evitar esta desgracia que se nos hecha encima?

Si señor,—dijo el escribano con un cinismo ejemplar,—el primer medio es recompensarme bien, por que yo me voy á meter por vucencia en grandes hon-duras.

—Su boca de usted será medida,—exclamó el duque frunciendo el entrecejo, porque hubiera preferido se le hubiera servido gratuitamente.

—Por lo pronto, necesito diez mil duros,—dijo el escribano.

Sabia demasiado que en las cuestiones de intereses se debe hablar muy claro.

El duque apretó mucho más el semblante.

Pero se levantó, salió y volvió á poco.

Traía los diez mil duros en billetes.

El escribano tuvo la avilantez de examinar aquellos billetes y de contarlos.

Cuando se satisfizo de que representaban diez mil duros, los guardó y se levantó.

—Cómo,—dijo el duque,—se vá usted.

—Si señor, —dijo el escribano, —esto no ha sido más que una operacion preliminar; yo sé bien que lo que hay que hacer aquí, es hacer desaparecer á la chiquilla.

—¡Desaparecer!

—Pues, por supuesto; si ella no desaparece, aparecerá tan claro su derecho que no habrá medio de que vucencia continúe siendo duque de Casalobos.

—Ah, pues sí, sí, bien; haga usted lo que sea necesario, —exclamó el duque, —yo ayudaré á usted.

—Pues hasta la vista, señor duque, —dijo el escribano, y salió.

El duque se quedó inquieto, terrible.

CAPÍTULO XIII.
—

De cómo María se introdujo casi á viva fuerza
en su propia casa.

María de la O habia llegado, siguiendo el carruaje á la carrera, hasta la casa del duque.

El carruaje se entró por el portal.

María de la O se acercó al portero que estaba á la puerta.

A una chica tan hermosa como lo era María de la O, la escucha todo el mundo.

María se informó.

Supo que aquella era la casa del excelentísimo señor duque de Campolobos.

En cuanto lo supo, dijo al portero:

—Llama á un criado, que me anuncie.

Hablaba ya como la señora.

—¡Eh, eh! ¿qué es eso?—dijo el portero que comprendió que la gitanita le trataba de alto á bajo.

—Esto quiere decir, que soy sobrina de su excelencia, y que necesito verle al momento,—dijo María de la O.

—Vamos, tu estás loca muchacha,—dijo el portero.

—Sobrina del duque,—repitió con firmeza María.

—Si tú fueses sobrina del duque actual,—dijo el portero,—serias hija del duque difunto, y entonces tú serias la duquesa.

—¿Y quién te ha dicho que todo eso no sea verdad?—dijo María.

Hablaba con tal seguridad, que el portero empezó á aturdirse.

No se perdía nada en avisar al duque.

—Puede entrar aquí vucencia,—dijo como por donaire el portero, pero tomando ya una cierta posicion.

—Dentro de poco me darás el tratamiento de veras,—dijo María de la O.

Y entró en la portería.

El portero se fué á buscar al mayordomo y le dijo lo que acontecia.

El mayordomo lo tomó tan en consideracion que bajó á ver á María.

La oyó y creyó que no podía dispensarse de poner en conocimiento del duque, que le buscaba una gitana jóven y hermosa que se decia su sobrina.

Corno el duque estaba ya prevenido y sabia á que atenerse, recibió inmediatamente á María de la O.

Cuando la vió palideció.

María de la O le habia enamorado, le habia hecho sentir una impresion violenta.

María era muy valiente.

Ni debia ni temia.

Siguiendo una costumbre de las hembras bravas del barranco de Embajadores, iba siempre armada.

Sus armas no pasaban de una pequeña navaja.

Pero con ella se podia matar muy bien.

A la primera ojeada habia conocido que su tio era un hombre débil.

Más aún.

Que se habia enamorado de ella.

Y que se habia enamorado violentamente.

Lo que más necesitaba María era vengarse.

La devoraba el hambre de castigar á aquella mala mujer que la habia robado el amor de su Luisito.

Así es que se fué en derechura á su venganza, además que á su interés.

—Mi querido tio,—dijo;—vengo á decir á usted algo que interesa demasiado al honor de la familia.

—¡Cómo! ¡qué!—exclamó el duque saltando sobre su sillón;—en primer lugar me llamas tio, y en segundo me dices que tienes que revelarme algo que interesa al honor de la familia.

—Pues, por supuesto,—dijo María de la O,—y es

necesario que ates corto á tu mujer; es una gazmoña, una hipócrita, una mogigata; de la casa del amante donde te deshonra, se va á disciplinar á la bóveda de San Ginés.

—¿Y quién es el amante de la duquesa?—exclamó con acento rugiente el duque, y encogiéndose como el tigre cuando se prepara á acometer.

—Un cierto mozalvete que hace seis meses está haciendo un retrato que no se acaba nunca.

—¡El pintor! ¡y la duquesa ha podido olvidarse de su honor por un tal miserable!

—Pues ahí verás, mi querido tío,—dijo María de la O,—es más bello que tú, y la duquesa no ha dudado; además todo lo cubre el misterio; un retrato es un buen pretexto. Adios.

—¿Te vas?

—Sí, me voy; yo no volveré aquí sino cuando pueda entrar como señora.

—¿Y si yo no te dejara salir?—exclamó el duque procurando ganar la puerta.

—Aparta,—dijo María,—eres tú demasiado vieja para detenerme.

Y le arrolló.

Ganó la puerta y escapó.

CAPÍTULO XVIII.

Primer relámpago de la tormenta. — Un usurero siguiendo á una mujer.

María de la O no se detuvo.

Escapó.

Llegó á la Plaza Mayor.

Se metió en el histórico, antiguo y célebre café del Gallo.

Subió al entresuelo.

Llamó á Domingo, que era un camarero excelente.

Le pidió recado de escribir.

Cuando se lo llevó, con una preciosa letra inglesa escribió lo siguiente:

—«Mi querido Luis: te prevengo que te prepares; el duque de Campolobos lo sabe todo; yo queria vengarme de la duquesa, pero no quiero que te suceda

una desgracia de que no me consolara nunca; dicen que el duque es muy bravo, pero yo le he visto, le he hablado, y eso me ha bastado para conocer que no es tan bravo el leon como la gente le pinta; esto que hago es un primer paso que doy; te advierto que para que yo te perdone tienes que hacer mucho; en fin, yo me vengo como puedo, pero no quiero que te suceda una desgracia, no me busques, porque no me encontrarás; mucho tendrás que hacer para volver á verme. Adios.

MARÍA.»

Cerró esta carta, dió un real á Domingo, y sin tomar nada, porque de nada tenia gana, salió del café y se fué á la calle de los Estudios, á casa del pintor.

Dió á la portera la carta, y la mandó que esperase á don Luis, fuera cual fuera la hora á que volviese y le entregase aquella carta.

Dió á la portera otras dos pesetas.

Luego salió y tomó la vuelta del barranco de Embajadores.

Habia hecho cuanto tenia que hacer.

Aún no había salido María de la O de la calle de los Estudios, cuando notó que la seguían.

Esto no era nuevo.

Siempre que salía, su hermosura atraía á algun goleso que se iba tras ella.

Estaba acostumbrada.

Pero tenía también la costumbre de investigar con una rápida ojeada la traza de quien la seguía.

Este era prudente.

No se sabe lo que quede ser una persona que sigue á otra.

El que seguía á María de la O, era el prendero que había comprado á Luisito el aderezo.

Había acabado el desmonte de las piedras y la fundición del oro, y salía en busca de María de la O á causa de lo que le había hecho pensar el retrato esmaltado en el medallón, cuando vió que María entraba en la casa de Luisito y se paró á hablar con la portera.

Esperó.

Cuando María salió la siguió.

María, como siempre que la seguían, reconoció al seguidor.

Se encontró con que era el joyero de viejo ó mejor dicho, de antiguo, que tan buenas, tan bellas y tan ricas cosas tenía en sus escaparates.

¿Por qué la seguía aquel hombre?

Era necesario saberlo.

María templó el paso.

Don Cosme, que así se llamaba el usurero, se alentó.

—Si yo pudiera pescar á esta,—dijo:—¿quién sabe lo que de esta chica puede hacerse? Ella ignora sin duda que se parece como una gota de agua á otra gota á una dama de la familia de Campolobos. ¿Quién sabe? Yo he oído no sé que historia en la que guardo un recuerdo confuso. ¡Si esta muchacha pudiera ser duquesa de Campolobos! Adelante, Cosme, adelante: esto es un buen negocio: la gitanilla no tiene idea alguna de que puede pertenecer á la familia ilustrísima y riquísima de Campolobos; es mujer, y como todas, aficionada á las ricas alhajas, á los maridos ricos: veremos, veremos; pero es necesario explotar este filon y ver lo que se saca de él: y luego que la chica es un riquísimo bocado: ¿quién sabe? ¡tal vez por avaricia! y luego que yo estoy muy bien conservado; aún puedo esperar que una jóven hermosa me ame: ¿quién puede decir lo que es el amor? de gustos no hay nada escrito... y luego las simpatías ..

Y don Cosme apretó el paso, hasta que al fin alcanzó á María en el principio de la calle de Embajadores.

Verdad era que María había acertado su paso, que se había dejado alcanzar.

No sabia por qué la importaba hablar con aquel hombre.

Era la primera vez que don Cosme seguía á una mujer.

Se habia conservado soltero.

No porque no le gustasen las mujeres, sino porque se le hacia muy cuesta arriba regalarlas, mantenerlas.

¡Y luego tener hijos!

Bocas que le devorarían, cuerpos que le gastarían vestidos y zapatos.

Esto no podia ser.

Don Cosme se habia reducido á ciertas gazmoñas, mogigatas, encubridoras de todo género, que iban á venderle alhajas robadas, ó á procurárselas para regalos encargadas por enamorados para seducir doncellas; alhajas que siempre eran más baratas que en las joyerías.

En casa de don Cosme no entraban, pues, más que mujeres de muy buen aspecto, de las cuales nadie tenía nada que decir.

Singularmente, don Cosme conocia un número infinito de amas de cura.

Porque don Cosme era un realista recalcitrante, conspiraba, y las intermediarias de las conspiraciones eran las amas, las sobrinas y aun las primas de los curas.

Don Cosme era un ómnibus. Especulaba con todo.

Pertenecia á todas las cofradías y hermandades de Madrid, y allá en sus tiempos, habia sido capitán de voluntarios realistas.

Tenia muchos conocimientos y era muy estimado.

Algunas veces la justicia habia rozado su casa.

Pero nunca le habia hecho daño.

Todo se habia reducido á algunas preguntas que no se habian escrito.

La reputacion de don Cosme no habia sufrido en ningun concepto detrimento alguno.

Se le conocia en el barrio como un baron muy honrado, muy industrioso, muy rico, muy cristiano y muy mirado.

Nada habia que decir de él.

Este era el hombre que habia seguido á María de la O, y del cual ella se habia dejado abordar.

El arte de la seducccion y del galanteo era de todo punto desconocido para don Cosme.

Así es que en el primer momento no se le ocurrió nada que decir á María de la O.

Pero siguió á nivel de ella.

—¿Se le ocurría á usted algo?—dijo María con acento agresivo y picante.

—Sí, hija, sí,—dijo el usurero;—se me ocurre que te puede gustar cenar con un hombre de bien en casa de Botin.

—Yo cenó más tarde,—dijo María.

—Pues bien, aguardaremos á más tarde; ¿quieres que nos vayamos á ver una pieza á Variedades?

—Necesito ir á mi casa; tengo á mi abuela mala.

—¿Y no volverás á salir esta noche?

—Si quiero, sí.

—¿Y querrás?

—No lo sé.

—Pues yo quiero que salgas.

—¿Y para qué eso?

—Tengo que hablarte.

—De qué.

—De qué... de qué... ¿y de qué he de querer hablarte yo?

—Lo que se hable conmigo, ha de ser muy decente y muy limpio.

—Pues, por supuesto, hija; á más de eso, que yo soy muy cristiano, y muy temeroso de Dios, y no me puedo llegar á tí, ni á ninguna otra mujer, sino con muy buen fin y muy honestas pretensiones.

—Es decir, señor mio, que usted quiere casarse conmigo.

—Eso en tí consistirá, hija mia,—dijo don Cosme, á quien le dió un vuelco el corazón;—segun yo vea, paloma; y si eres buena, y sobre todo, muy cristiana y muy religiosa, ya veremos.

—Oiga usted; y aparte de eso, ¿y usted tiene con qué mantenerme, que es lo principal?

—¿Pues no me conoces, muchacha?

—Yo' no he visto á usted en todos los dias de mi vida, y aunque usted perdone, el pelaje de usted no es de muchos cuartos.

—¿Pues no te paras todos los dias delante de los

escaparates de alhajas antiguas, de la calle de los Estudios?

—Sí que me paro, son muy hermosas aquellas alhajas.

—¿Y no me has visto nunca dentro de la tienda?

—No he reparado.

—Yo sí, yo sí; yo he reparado mucho en tí, me has parecido buena y honrada muchacha, y me he enamorado; ya ves, no he podido pasar más tiempo sin hablarte.

—Pues bien,—dijo ella;—yo voy ahora á ver como está mi abuela; despues saldré y nos iremos á cenar donde usted quiera, pero no á casa de Botin, á Fornos ó al Inglés.

Se trasudó don Cosme.

Pero no habia medio de negarso.

No se podia ni se debia espantar la caza, que podia ser muy rica.

En cuanto á María de la O, decia para sí:

—Por algo me busca á mí este pícaro; es necesario saberlo y no espantarle.

Así siguieron hablando hasta cerca del barranco de Embajadores.

Allí María suplicó á don Cosme que no siguiera acompañándola, que los de aquel barrio no estaban acostumbrados á verla acompañada; que la esperara, que ella no tardaria en salir.

Después de esto, se alejó con paso levantado seguida de su perro.

Don Cosme se quedó esperando, y más inquieto que lo que él mismo había creído podía inquietarse.

La gitanilla se le iba metiendo en el corazón.

Empezaba á probar lo que era el amor.

CAPITULO XVI.

Una extraña beata.

María de la O encontró á su abuela mucho más aliviada, y pidiendo con una gran insistencia de comer.

La gitana que se habia quedado cuidando de ella, no habia querido darle nada.

María de la O pidió otra chuleta y otro cuartillo de vino á la taberna.

La tia Guitajo comió y bebió con mucho más apetito que la vez anterior.

Despues volvió á dormirse.

María de la O pidió á la gitana se quedase allí hasta que ella volviese, que no seria tarde, y salió y se fué á la esquina donde impaciente, y ya casi de todo punto enamorado, la esperaba don Cosme.

—Vamos, mujer,—la dijo,—y lo que has tardado; yo creí que ya no volvías.

—He tenido que cuidar de mi abuela; pero ya vé usted, he vuelto; me parece usted un hombre muy formal, y yo creo que podremos arreglar algo; siempre, se entiende, con muy buen fin.

—¿Qué es lo que á tí te gusta, niña,—dijo el usurero,—yo ó las alhajas de mi escaparate?

—Primero usted,—dijo con gazmoñería María de la O.—porque usted es la primera alhaja de su casa, y teniéndole á usted, tengo lo que es de usted.

—¡Bendita sea tu boca, mujer; mira que ya se me está haciendo la boca agua! ¡qué no te haya yo pedido ántes una cita!

—¡Qué lástima!—dijo María de la O,—puede ser que ya estuviéramos cansados de ser marido y mujer.

—Nunca es tarde si la dicha es buena; y dime, mujer, ¿por qué en vez de irnos á cenar á un establecimiento público, que no es decente ni para tí ni para mí, no hemos de irnos á casa de una señora amiga mia, que es una santa, y donde yo llevaré todo lo que sea menester?

—Pues vamos á donde usted quiera, señor mío; yo confío en usted; me parece usted un hombre de bien á carta cabal.

—Y no lo digas dos veces, que es verdad.—dijo don Cosme, que se iba mareando más y más;—mira, mi buena amiga vive en una casita muy limpia y

muy decente de la calle del Codo. ¿Quieres venir?

—¿No le he dicho á usted que con usted iria yo al infierno, porque tengo en usted confianza?

—Pues anda, anda, que ya me tarda el que conozcas á doña Ulpiana; vais á ser muy grandes amigas.

—Vamos andando, y á prisa, que ya tengo ganas yo de hablar con usted y de ver por donde sale.

Apretaron el paso y llegaron en muy poco tiempo á la calle del Codo.

Don Cosme llamó á la puerta de una pequeña casa.

Respondió de adentro una voz gangosa.

Verdadera voz de beata.

Debía vivir sola en aquella casa, que era muy pequeña.

Se abrió la puerta y apareció una mujer muy buena moza, como de treinta y cinco años de edad, vestida con un hábito negro, con un abrigo oscuro y con una pequeña cofia.

Estaba admirablemente pintada y bella, aunque sencillamente peinada.

Parecía muy modesta, y habia en ella una adorable untuosidad.

Era un ejemplar de santa.

A lo ménos en la apariencia.

Estaba al pié de la escalera, que empezaba en la misma puerta.

Tenia en la mano una lamparilla de metal.

—¡Tanto bueno por mi casa!—dijo sonriendo á don Cosme;—vaya, pasen ustedes, que yo me tendré por muy honrada con su visita.

—Usted siempre tan buena y tan amable doña Ulpiana: bien sabia yo donde traia á esta.

Y al mismo tiempo subian las escaleras alumbrados por doña Ulpiana.

Llegaron al fin á una salita, muy humildemente amueblada, y en que no faltaba sobre una mesa, una urna con un niño Jesús de cera, con traje de raso color de rosa, bordado con lentejuelas.

En el fondo se veia la puerta de una alcoba cubierta por unas colgaduras muy blancas.

Se sentaron en un sofá de Vitoria con almohadoncillos de percal, y delante de ellos en un sillón de lo mismo, doña Ulpiana.

—¿Con que usted, don Cosme,—dijo doña Ulpiana,—ha querido que hagamos conocimiento esta hembra y yo? le doy á usted las gracias; yo la conocia de vista y tenia ganas de tratarla.

Y tomó la cara de María, y la besó en la frente.

Al besarla cerró los ojos.

—¡Bravaj!—murmuró para sí María de la O.

Y devolvió el beso á doña Ulpiana.

—Pues yo señora, me voy á buscar lo que hace falta,—dijo don Cosme.

—Y qué es lo que hace falta,—dijo doña Ulpiana.

—Primeramente una buena cesta muy capaz, donde quepan algunos delicados comestibles.

—¡Ah! ¡nos vá usted á dar una cena, don Cosme!—dijo doña Ulpiana;—me alegro, así como así hoy no es día de vigilia, voy, voy por la cesta.

Y se levantó y salió.

—¡Cuánto te quiero!—exclamó todo transfigurado don Cosme y haciendo un movimiento como para abrazar á María de la O.

—¿Y es usted el cristiano, y hombre de bien y el temeroso de Dios, don Cosme?—dijo María de la O,—vamos; que no tenga yo que enfadarme.

—Tú me vuelves loco, hermosa mia;—exclamó don Cosme con esa dulzura y esa vehemencia, que tienen todos los hombres, sean cuales fueren, cuando se enamoran.

—Ya he dicho á usted,—dijo María de la O,—que si no viene usted con muy buen fin, no podemos entendernos.

—Perdóname, mujer, perdóname; que yo no se lo que me hago ni lo que me digo; yo nunca he sido amado así por ninguna mujer, y tú no me quieres.

—Si es usted bueno, lo querré; si nó, yo le aseguro á usted que le ha de pesar el haberme hablado.

—Yo seré todo lo bueno que tú quieras; sobre todo, yo haré lo que tú me mandes.

En aquel momento volvió doña Ulpiana con una gran cesta con tapadera.

La dió á don Cosme, que se habia puesto de pié.

—Ya sabe usted,—le dijo doña Ulpiana,—que á mí me gusta el jamon en dulce.

—Muy bien, señora,—dijo don Cosme;—y á mí me gusta mucho todo lo que le guste á usted.

—Traiga usted tambien perdices escabechadas, una para cada uno.

—Muy bien, señora.

—Y merluza fresca, frita y caliente.

—Muy bien, señora.

—Y pastelitos de crema; y queso gruyer, y pasas, y almendras, ¡ah, sí! y cangrejos; si hay cangrejos, muchos cangrejos; y no obstante esto, una buena langosta, yo la aderezaré; en fin, ya sabe usted lo que hay que hacer, para obsequiar á dos buenas mozas; y tú, hija mia, ¿que quieres?

—Yo como de todo,—dijo María de la O, y me parece bien lo que usted ha pedido.

—Mira niña, á estos viejos mamelucos y avaros se les saca hasta las entrañas; que de ellos no se puede sacar otra cosa; ¡eh! ¿digo bien, don Cosme? que nos conocemos, amigo, y lo que es ahora me parece que ha caido usted y de firme.

—Como que es muy probable que me case con María.

—¿Qué me cuenta usted, hombre? ¿pues no decia usted que no se casaria jamás?

—Y que quiere usted doña Ulpiana, nose puede

decir de esta agua no beberé; pero deme usted una botella que estamos perdiendo el tiempo.

—¡Botella! ¿y para qué? en casa hay vino de sobra; el que no nos podemos beber, del tinto de Valdepeñas, y tengo para los postres, rico Jerez, y una manzanilla fresquísima ¡ah! á propósito de la manzanilla; bien podía usted traerse seis ú ocho docenas de ostras.

—¿Y cómo, doña Ulpiana, cómo, ni dónde las voy á traer abiertas?—dijo don Cosme que ya empezaba á resentirse de su mezquineria.

—No pase usted pena por eso, que yo las abriré,—dijo doña Ulpiana,—no será la primera vez.

—Pero señora, con lo que ya hay que traer añadiendo seis ú ocho docenas de ostras, yo no voy á poder tirar de la cesta.

—Esas son disculpas inútiles; se toma un mozo.

Don Cosme se resignó y salió.

Las dos quedaron solas.

CAPÍTULO XVII.

Una trampa de lbbo.

Apenas se quedaron solas doña Ulpiana y María de la O, cuando la primera se acercó á la segunda y la asió las manos.

—¿Tienes tú algo que ver, hija mia, con don Cosme?—la dijo.

—Esta noche es la primera vez que le he hablado,—contestó haciéndose la inocente, María.

—Es decir, que tú no tienes con él compromiso de ninguna especie.

—Ninguno.

—Pues envíalo á paseo; chúpale todo lo que puedes, pero tenle siempre á raya; es un innoble, un avaro, deja, hija mia, deja que yo te busque mejores proposiciones, y sin que le sienta la tierra; no hay necesidad

mientras al mundo se le engaña, y el que no engaña al mundo no sirve para nada; yo tengo muy buenos conocimientos, no sabes tú hasta que punto son buenos mis conocimientos, hija; aquí donde me ves, todos me creen una santa y he hecho mi agosto y he pasado buena vida y me he divertido cuanto se puede divertirse una mujer. A otras les dá por gastar mucho lujo y mucho boato, y por ir á los teatros y á los bailes; estas no lo entienden; cuando una mujer es hermosa como lo he sido yo y como lo eres tú, cuanto más modesta, más humilde y más timorata parece, más se desea; los hombres son así; se hacen más conquistas y mejores que en ninguna parte, en las iglesias; y luego ¡tanto justo varon que huye del escándalo y sabe bien lo que son los bocados sabrosos! y luego el que todos callan el secreto, y si sucede un trabajo nos sacan en palmas y quedamos con la reputacion vírgen y como santas. Al mundo es menester engañarlo, y para que lo entiendas, el mundo quiere que se le engañe; la que se presenta descaradamente al mundo diciendo aquí estoy, se pierde en dos dias, y dan con mala gente, entre lobos; en fin, para tí todavía es tiempo, y yo te aleccionaré; es preciso que te quedes en casa y que te vistas como yo te diga.

—Ya hablaremos de eso,—dijo María de la O,—cuando piense eso, que será el dia del juicio por la tarde; cabalmente, pues, me alegro mucho de haberla conocido á Vd. porque Vd. me vá á servir de mucho.

—Vamos á ver, vamos á ver que dices,—dijo doña Ulpiana,—que yo no entiendo bien.

—Esto lo entiende todo el mundo,—dijo María de la O, sacando de la faltriquera una onza y dándola á doña Ulpiana.

—Pues ahora sí que no lo entiendo,—dijo la bruja.

—Necesito que usted me conozca: yo soy millonaria.

—¡Ah!— exclamó doña Ulpiana cambiando de aspecto y de acento;—bien puede ser; á primera vista no se sabe lo que nadie es; con que millonaria ¡eh!

—He empezado por darle á usted una señal de que la pagaré bien.

—¡Pagarme! eso es un poco fuerte.

—¿A qué viene la hipocresía, cuando ha empezado usted por quitarse la careta, creyéndome una muchachuela perdida? yo me alegro de haber conocido á usted: yo necesito una mujer como usted; yo, lo repito, la pagaré á usted bien.

—Bueno, corriente, en conclusion, á mí me gusta que se hable con franqueza.

—Pues bien, necesito saber por qué me ha seguido, por que me ha hablado ese hombre; en ello debe haber algo él obra respecto á mí, de buena fé; él quiere casarse conmigo, y cuando un avaro como él quiere casarse, es por que cree que la mujer con quien se quiere casar es muy rica.

—Puede haberse enamorado de usted; es usted muy jóven, muy pura y muy hermosa.

—La avaricia no se enamora, hija mia; para los avaros no hay más dios ni más amor que el oro: y yo necesito que usted explore á ese hombre, que averigüe usted por qué quiere casarse conmigo; repito que aquí hay un misterio y yo quiero aclararlo.

—Conocerás ese misterio, hija mia, pero para eso es necesario emborrachar á don Cosme; cuando está borracho yo hago de él lo que quiero.

María de la O, se sentia inquieta, incómoda.

La repugnaba aquella mujer.

La avergonzaba aquella casa.

Doña Ulpiana la miraba de una manera cínica, repugnante.

Parecia como que echaba cuentas.

Como que hacia cálculos.

María de la O era enérgica, altiva y sobre todo, pura.

Le parecia que allí en aquella casa junto aquella bribona disfrazada de beata, respiraba infamia.

Llamaron á la puerta.

—No, pues no es don Cosme,—dijo doña Ulpiana; —ese no es su modo de llamar; don Cosme respeta más las conveniencias, llama más quedito; veamos quién es

Doña Ulpiana se asomó al balcon.

Preguntó con voz desapacible, seca y un tanto raída.

—Ah—dijo despues de haber oido á la persona que llamaba;—es una grande amiga mia: una santa; voy á abrir; dispénseme usted, hija mia.

Y encendiendo una lamparilla salió.

María de la O la sintió bajar las escaleras.

Luego el ruido de la puerta.

Luego el cuchicheo de dos voces.

Se oyó el ruido de la puerta que volvía á cerrarse.

Luego dobles pasos en las escaleras.

Entró al fin doña Ulpiana acompañada de otra mujer.

A primera vista, á juzgar por su traje, por su manto, se la hubiera podido tomar por una hermana de la caridad, ó por una hermanita de los pobres.

Era ya vieja, pero disimulaba su edad bajo la pintura.

Por lo demás, tenía mucho de lechuza.

CAPITULO XVIII.

Una nueva bribona.

La recién llegada fué á sentarse en el sofá al lado de María de la O.

La examinó profundamente.

—Dios te bendiga,—dijo con un perfecto descaro dirigiéndose á doña Ulpiana;—en mi vida he visto una moza más hermosa; para servir á Dios sea; ¡ay hija, cuando se vé un prodigio como este y se piensa en como están los hombres, se la aprieta á una el corazón! en mis tiempos era otra cosa; habia hombres de bien que no pensaban en las mujeres más que con buen fin; y que al cabo de conocer algunos años á un doncella, se ponian colorados quince veces antes de atreverse á decirla que la querian; pero ahora... sí, sí, espérate; y todo está perdido; como dice muy bien el padre Maca-

rio: es que no hay religion, ni educacion, ni modos, ni respeto, como en nuestros tiempos los habia; los hombres iban una vez á la semana á ver á su novia, delante de sus padres, y en plena tertulia, y las mujeres se sentaban á un lado y los hombres á otro: y se rezaba el rosario, y lo más que se hacia eran juegos de prendas, y eso de los decentes, que hay juegos de prendas que no pueden sufrirse; ó se decian relaciones, y alguno ó alguna cantaba una cancion á la guitarra y si se bailaba era un minué, y de ninguna manera estos bailes escandalosos que hoy se usan; y en el verano se tomaba limonada, ú otro refresco cualquiera, y en el invierno pestiños; y las mujeres cuando se casaban iban al tálamo con los ojos cerrados é incólumes, y ya granaditas, como que casarse á los veinticuatro años era casarse pronto; y sabian todo lo que una mujer debe saber para gobernar una casa, coser y guisar, y hasta lavar y fregar los suelos, por señoras que fuesen; que no se sabe como puede venir la fortuna; y aunque el mundo siempre ha tenido mucho de malo, en mis tiempos cuando una mujer se torcia, era sin que lo sintiera la tierra, sin escándalo de ningun género, y aun así de una manera muy formal, y con su por qué y su razon y siempre por personas de grandes respetos, no por un cualquier badulaque como hoy y escandalizando hasta al aire; que al fin la carne es flaca y el demonio nunca duerme, y á la más virtuosa le pone el diablo las tentaciones por delante; ¿y qué ibais á hacer

cuando un señorito ó un varon grave se os venia un dia con una tarea de chocolate del de soconuzco, y otro dia con dos docenas de jamones, y otro con dos cajas de medias de seda, y otro con las puntillas de Holanda, y á todo esto con las gargantillas de perlas, ó las arracadas ó los cintillos de diamantes, cuando no con un mueblaje, ó con un collar ó con un juego de tapices que daba gozo, y despues de haberse gastado un dineral, salia con que le gustaban los ojos de una, y con tomarla la punta de los dedos si se los dejaban, y besarlas tímidamente las uñas, que no se pasaba de ahí?

—Pues señora,—dijo ya atufada Maria de la O,—esos hombres eran unos tontos y esas mujeres unas bribonas indecentes, hipócritas y chupópteras como hoy se dice:

—¡Pues sin duda será mejor lo de hoy,—dijo ya con una impaciencia grosera la otra,—que se pierden las mujeres á los nueve años, y andan á caza del novio y ellos viven de ellas, y de todos el demonio?

—¿Y á que viene este razonamiento?—dijo con una altivez agresiva, María de la O,—si allá en los tiempos de la enanica, cuando usted fué jóven, señora, eran las mujeres malas de una manera y ahora lo son de otra; yo no tengo nada que ver con eso, y allá se las hayan, y hablemos de otra cosa más divertida si á usted le parece.

—Y tiene razon que la sobra, Isidra,—dijo doña Ulpiana guiñando un ojo á doña Isidra,—en todos los

tiempos ha habido de todo, bueno y malo; aunque es verdad que antes se le sacaban los dientes á un ahorcado y no lo sentia nadie, y así á lo ménos se evitaba el escándalo; pero todos los tiempos son iguales hija, y en los nuestros no se ataban los perros con longaniza, que bien ruines amantes habia, como hoy ni más ni ménos, y si entonces habia quien así regalaba tocinos como perlas, háilos hoy que de la primera entrada le regalan á una mujer un aderezo que vale un millon de reales, ó un cortijo, ó una casa en lo principal de Madrid que es un consuelo; y todo consiste en ver como se trata á los hombres y la que sabe valerse de sus puntadas tendrá lujo como entonces, y la que no arrastrada empieza y arrastrada acaba; y como siempre hija como siempre, y no hay que ser antigua como dice muy bien esta niña, que lo antiguo para los antiguos se queda, y quien no lo entiende no lo entiende; pero me parece que ya tenemos ahí á don Cosme que de seguro vendrá cargado como un asno.

En efecto, habian llamado á la puerta.

Bajó doña Ulpiana y abrió.

A poco entró don Cosme.

Apenas si podia tirar de la enorme cesta que traía.

—¡Ah, que en buena hora soy venida,—exclamó doña Isidra,—que hay cena preparada!

—¿Y cómo no?—dijo don Cosme, que avinagró la cara cuando vió á doña Isidra;—yo soy muy galante

con las damas, y sobre todo cuando son tan hermosas y tan buenas personas como ustedes, y puede uno pasar honestamente un buen rato con ellas, sin ofender á Dios ni á las buenas costumbres, vamos, entérese usted de lo que ahí viene, doña Ulpiana, y prepare usted la mesa; y vengan esos buenos vinos de que usted nos ha hablado, y ponga usted eso enseguida al calor que yo se que en esta santa y pobre casa no se apaga nunca el fogon, y regocijémonos como Dios manda, que mañana será otro día y no sabemos quien lo verá.

Doña Ulpiana se apoderó de la cesta y se la llevó.

Se oyó dentro ruido de platos y de cubiertos.

Luego doña Ulpiana trajo una camilla y la armó.

La cubrió con un mantel.

Puso, en fin, la mesa.

Lo que más se destacaba en ella eran las tres botellas.

Una por barba.

Si hubieran sido cinco hubieran podido decir con cierto poeta jubilado:

«Una por cada dedo de tu mano.»

CAPÍTULO XIX:

—

En que se dá á conocer una epidemia.

Hagamos un entreacto para dar á conocer nuestro género.

En España, el rey, el noble y el fraile, han predominado durante siglos, y con un carácter especialísimo para hacer matar españoles.

El rey le besaba la peana al papa para que el papa no le escomulgara, y luego hacia lo que queria en sus relaciones con la Santa Sede.

El noble se encorvaba ante el rey y le adulaba para arrancarle dignidades y mercedes, y á la menor contrariedad se rebelaba y echaba á rodar su lealtad acrisolada por un quítame allá esas pajas, más soberbio que el rey y más que el rey oneroso.

Lo que arrancaba al rey y lo que con el beneplácito

y la proteccion del rey y abusando de su autoridad robaba á los plebeyos á los que llamaba sus vasallos, lo empleaba en gran parte en fundar conventos y otros establecimientos piadosos para tener contento al fraile que se introducía en todas partes, que en todas partes tenia poder, y que á la par tenia malas pulgas, y era más soberbio y más sagaz que los nobles, y con sus ribetes divinos por lo de Santo sacerdote.

El rey, el noble y el fraile, eran el espanto del pueblo español.

Rezaba y rezaba el rey.

Rezaba y rezaba el noble.

Rezaba y bendecía el fraile.

Chupaban y comian todos de la nacion.

Engordaban todos de la nacion.

Creaban, sostenian, robustecian estas costumbres extrañas.

La mogigatería era la manera de ser de los españoles

Era lo más comun ver á un bravonel, que junto á la tremenda daga, llevaba colgado el rosario, y una Mesalina con tocas que iba por todas partes haciendo sonar la camándula.

No hay un libro antiguo sea del género que fuere del que no rebose la mogigatería, excepcion hecha de las obras de Cervantes, de Quevedo y de la mayor parte de nuestros buenos ingenios, que daban en el extremo opuesto de una desnudez de expresion que á veces sonroja.

El genio ha sido siempre independiente y avanzado á su tiempo.

Este es uno de sus caracteres.

Por eso vá á la cabeza de la civilizacion.

Por eso cuando se leen los grandes libros, creemos que han sido escritos por profetas ó pudiéramos creerlo.

El rey, el noble y el fraile, embrutecieron á España.

La hicieron hipócrita, con todas las contras de la hipocresía.

Crearon el bribon que comete todo género de infamias y pretende pasar por hombre de honor.

La asquerosa que se entregaba en secreto á todos los desórdenes, á todas las impurezas, á todas las desvergüenzas, pretende pasar por santa.

Esta manera de ser se habia convertido en un carácter, en un distintivo nacional.

Dios y el honor sobre todo: sobre todo la lealtad al rey, el respeto y la veneracion al sacerdote, y la humillacion al noble.

Y sin embargo, en ningun pueblo han sido ménos reyes los reyes, ni ménos nobles los nobles, ni ménos respetados los sacerdotes, si se profundiza un poco y se toca la verdad.

La soberbia española determinaba una ruda acentuacion aristocrática dentro de una democracia *sui generis*.

Lo hemos dicho, no recordamos en que libro y volvemos á repetirlo:

Yo saco por justa ley.
y por buena cuenta hallo,
que aquí no hay más que un vasallo
y ese vasallo es el rey.

Los nobles tenían una gran preponderancia, pero se veían obligados á estar bien con la plebe para evitar disgustos.

En cuanto á los frailes, la pagaban si se metían en grandes honduras.

Esto era durante la edad media, y continuó siéndolo durante los siglos XVI y XVII.

Durante este largo período, los españoles conservaron toda la fuerza de su carácter independiente.

Pero se iba inculcando en la misma idea social el fanatismo, sostenido por una larga guerra contra los moros que tenía mucho de religiosa.

Acabada esta guerra con la última expulsión de los moros de Granada, llegado el momento, se hizo una revolución.

Había acabado lo grande, lo heroico.

Empezaba en política el ingenio de Maquiavelo, en religion el predominio de Roma.

La inquisición difundía ya en el azulísimo cielo de la España, las negras columnas de humo de sus hogueras.

La protexta de Lutero, formulaba la accion política y la accion religiosa.

Como lo contagioso de la avalancha herética que venia del Norte, se fundaban conventos y más conventos, se creaban cofradías y más cofradías, se oian por todas partes los salmos penitenciales.

Por todas partes se veia el resplandor de la hoguera del Santo Oficio.

El rey, los nobles y el clero, unidos, enlazados, constituian un cordel fuertísimo, con el cual se agarrotaban los brazos á España y se la privaba de toda accion.

El terror cundia.

El miedo á los poderes constituidos de una manera tiránica, crecia.

Se toleraban, no solamente ya los crímenes, los delitos y las faltas, si no tambien las licencias por pequeñas que fuesen.

Se creó esa apariencia cenovita que aun conservan nuestras mujeres, y que hacen creer á los extranjeros que las ven por primera vez, que son monjas que han dejado el hábito para salir á paseo; que tal efecto les produce la gravedad y la compostura de nuestras españolas, lo que, sea dicho de paso, los enamora de ellas hasta un punto envidiable.

Se creó, en fin, por una multitud de circunstancias, lo que puede y debe llamarse mogigatería; esto es, Dios en la boca, y el diablo en el corazon; la virtud

en la calle, y lo indecente y lo repugnante, lo infame, lo nauseabundo, en secreto.

Nuestro alto clero conserva ciertos estilos, ciertas maneras que favorecen á las mogigatas.

Nuestro clero ama á las mogigatas.

Nuestros reyes daban gran importancia á las formas externas.

Las bribonas pululan por todas partes.

No dejan fiesta religiosa á que no asistan.

Establecimientos de beneficencia que no visiten.

Casa grande á la cual no vayan á adular ó á ofrecer sus servicios á la señora.

Ni en fin, casa particular en que no se introduzcan si las admite para llevar á ella la murmuracion, la cizaña, la corrupcion, la infamia.

Las gentes incautas se dejan engañar.

¡Cómo desconfiar de doña Alejandra!

Ella es religiosa.

Ella es dulce.

Ella es servicial.

Ella es una santa.

El dulce nombre de Jesús, no se la cae de los labios.

No hay nada que pedir.

Todo en ella es admirable.

Confiesa todos los sábados.

Comulga todos los domingos.

Y va al rosario todas las noches.

Y á los ejercicios de los Italianos.

A la disciplina de San Ginés. *

No hay nada que decir.

Es una favorecida de Dios.

Es una bendita.

La casa donde entra se honra y se santifica.

Importa poco que vaya con la señora á la iglesia.

¡Quién puede pensar mal de ella!

Doña Fulana es incapaz de ocuparse de nada que no sea santo y bueno.

Se le puede confiar sin cuidado alguno la niña.

¿Qué puede ver la niña en doña Fulana que no sea un precioso ejemplo de virtud?

Y la mogigata, come, vive, huelga, está querida, instalada, recibida en todas partes, y masca á dos carrillos.

Por medio de ella, la gran señora se comunica con su amante.

Ella corrompe á las jóvenes hijas de familia y las alcanza y las vende á los viejos ricos.

Ella sirve, si es necesario, de explicadora á los ladrones, para que sepan por donde, cómo y de que manera se puede penetrar en una casa rica.

Ella, en fin, es el pasadizo de toda inmundicia y de todo crimen.

Ella tiene la conciencia petrificada.

Ella sirve para todo, absolutamente para todo; menos para servir de balde.

Ella desliza sutilmente de sus labios lívidos, y aún á veces sonrosados, la calumnia y el escándalo.

Ella sabe esclavizar por el terror á la desdichada imprudente que arrastrada por la pasión ó por la liviandad se ha valido de sus servicios.

Ella se le impone.

Ella la explota.

Explotándola la corrompe.

La encuentra mala y la deja peor.

A veces la mata.

Ella promueve á cada caso en las familias, inconvenientes tragedias que nadie puede explicar.

Ella se nutre del lodo, y con mucha frecuencia de la sangre.

Es una lechuza y un vampiro.

Es además contagiosa.

Hace también mogigata á la mujer á quien atrape.

La enseña á encubrirse con el velo de la religión y de la honestidad y aun de la castidad.

La embruja.

La desnaturaliza.

La petrifica el corazón.

La embrutece.

La hace infame.

La pudre en una palabra.

No hay que confundir á la mogigata con la beata, aunque se parecen mucho.

Peró hay beatas de buena fé.

No busqueis buena fe en una mogigata.

No la hallareis.

Ella vive del engaño y de la corrupcion.

Desconfiad de esas mujeres que hacen gala de sus prácticas religiosas.

Que siempre tienen á Dios en los labios.

Que frecuentan á los clérigos y á las monjas.

Que van como serpientes á introducirse en la casa de los grandes.

Querido lector, si te encuentras alguna vez en tu casa, con una de esas devotas, con una de esas santas, no le aplastes la cabeza como á una vívora, porque la justicia podria pedirte cuenta de una mujer.

Pero sin vacilar échala á puntapiés.

Habrás salvado á tu mujer y á tu hija.

Té habrás libertado de una epidemia.

Los que tienen ojos que ven, oídos que oyen, manos que tocan, espíritu que siente, tienen el deber de avisar á los descuidados, de enseñar á los ignorantes, de dar la voz de alerta á los confiados.

CAPITULO XX.

Algo más sobre la mogigatería.

Y no se reduce la mogigatería á estas bribonas de vuelo bajo.

A estas viudas con hijos ó sin ellos.

A estas *doncellas* rancias.

Todo aquel que se vale de las apariencias, de la virtud y de la religiosidad, y de lo morigerado y de lo ordenado de las costumbres, y de cuantas buenas apariencias se conocen, y las exagera y las hace ver á todo el mundo, para encubrir sus crímenes, sus vicios, sus desórdenes, ó para hacer su negocio, está dentro de la mogigatería.

Mogigata era la vieja y hermosa duquesa de Campolobos.

Mogigato su marido.

Mogigato don Cosme.

No ménos mogigatos que los tres, que doña Ulpiana y doña Isidra.

No ménos vergonzosos, no ménos criminales, no ménos infames.

En este bajo mundo, que solo juzga de las apariencias, el que no es astuto y audaz, no vive.

Sin embargo, fuerza es decirlo.

La mogigatería religiosa va perdiendo terreno.

Roma ha perdido su rayo, no sabe dónde le ha puesto; no está perseguida sino desarmada, lo que es distinto.

No es que sufre imposiciones, es que no puede imponerse.

Los que se ponen en el caso de ser excomulgados no temen á la excomunion.

El poder de Roma era esencialmente virtual.

Cuando la virtualidad que la hacia incontrastable, ha perdido su virtud, ó mejor dicho, cuando se ha gastado, cuando ha dejado de ser, no ha encontrado medio con qué reemplazarla.

Hoy, y esto es una gran desgracia, se ha perdido todo género de fé.

Nadie mueve un pié ni una mano, ni mira á ninguna parte, sino por un interés concreto, seguro.

El culto del espíritu ha pasado.

El materialismo, y un materialismo grosero, lo ha invadido todo.

El interés mal entendido y la ignorancia fatalmente difundida, creados por ese materialismo, han creado un indiferentismo mortal.

Los que van en peregrinacion á Roma, los que llevan dinero al Papa, no lo hacen ni por Dios, ni por su vicario sobre la tierra.

Los lleva un negocio.

A muy pocos su fanatismo.

La política hace en ellos el oficio de piedad.

Y otros mil móviles á más de la política.

Todos esos peregrinos, salvas raras excepciones, son mogigatos.

Pero mogigatos á los que todo el mundo conoce.

Que no pueden engañar á nadie.

Que provocan severos actos gubernativos en las naciones por donde pasan.

Que llevan consigo el escándalo, y un no sé qué de maldito.

Que son los últimos restos del lodo que fermentan.

En una palabra: neocatólicos.

La mogigatería ha encontrado el medio del neocatolicismo.

Y los neocatólicos son los mayores, los más terribles, los más encarnizados enemigos de Roma, considerando á Roma como debiera considerársela, porque hay que advertir, que Roma, hoy por hoy es neocatólica, ó por lo ménos tolera y acoge el neocatolicismo.

Dios vuelve locos á aquellos á quienes quiere perder.

Dios los pone en la pendiente resbaladiza.

Y por esto el catolicismo, el verdadero catolicismo, el Evangelio, Jesús, nada pierden: ántes gana, porque las figuras se van delineando tales cuales son.

Porque vá apareciendo la luz y se vá haciendo la verdad.

CAPÍTULO XXI.

De cómo doña Ulpiana sabia hacer coger una borrachera y tambien quitársela.*

Doña Ulpiana tenia un grandísimo interés en servir á María de la O.

Veía en ella mucha cosa.

Incitó á don Cosme y á doña Isidra que comieron como fieras y bebieron como hidrópicos.

Doña Isidra se cayó de la silla, se descalabró y fué necesario cogerla la sangre y acostarla.

En cuanto á don Cosme, se puso de tal manera decididor y alegre que se conocia claro que habia perdido de todo punto la razon.

Habia perdido tambien de todo punto las fuerzas.

María de la O podia, sin cuidado alguno, quedarse á solas con él.

Por una indicacion de María de la O, doña Ulpiana, se quitó de en medio.

Eran más de las diez de la noche.

María de la O se volvió hácia el prendero.

—¡Qué hermoso estás!—le dijo:—¿sabes que me voy enamorando de tí?

—¡Ah! ¡ah! yo he sido siempre un grande hombre, —dijo con la lengua gorda, gordísima don Cosme,— sobre todo he sabido gastar mi dinero con las buenas hembras... ¡Casarse!... Quién piensa en casarse, habiendo tantas bendiciones de mujer por el mundo, que en cuanto huelen el dinero se vuelven locas: ¡y las beatas!.. ¡Ah! ¡las beatas! ¡hermosas beatas! nadie sabe lo que es el amor de las beatas... echa vino chiquilla... tengo sed... mucha sed... Yo te enseñare á ser beata... ya verás hija, ya verás... á las beatas cuando son hermosas como tú, les llueven las buenas proporciones... como que las creen imposibles... ¡Ah que hermosa eres hija de Satanás! Te estoy viendo enamorada, inflamada... pero tú te vés de acá para allá... cuando pienso que voy á tocarte, estás á cien leguas. Acércate, ámame... yo te voy á hacer mi esposa... por que sí... por que sí... porque tú eres... tú eres...

Don Cosme dejó caer la cabeza sobre el pecho, y á poco más se cae de la silla.

María de la O, le contuvo.

—¿Quién soy... quién soy yo?—dijo con ansiedad...

—¿Tú... que quién eres tú?... yo lo sé... Yo al prin-

cipio no habia caido en ello; luego mirando y remirando el esmalte, me he acordado... yo decia... yo conozco á esta mujer... á esta niña... si es la gitanilla... la gitanilla que con tanta frecuencia se para delante de mi escaparate... pero es que se parece á la del esmalte... el esmalte es antiguo... ¡ah! sí, sí... mi cabeza... qué diablo de cabeza... era tambien gitana la duquesa de Campolobos... nadie lo sabia... se habia casado de secreto... pero ella sí, ella era la duquesa de Campolobos.

—¡Mi madre!—exclamó con un acento supremo, inmenso, María de la O.

—¡Ah! ¡ah! ¡el esmalte!... ¡el diablo del esmalte! ¡Qué vueltas dan las cosas!... y no haber caido yo... en que habia vendido aquel aderezo al difunto duque de Campolobos.

—¡Mi padre!...

—Sí; tu padre... el veneno... el veneno es muy cómodo... el arsénico... se dá muy bien en pequeñas dosis en el chocolate... y un dia un hombre se muere... y le hereda su hermano.

—¡Ah! ¡y mi madre!...

—El dolor mata... el dolor mata... respondió borboteando ya de una manera casi ininteligible sus palabras el usurero

—¡Ah! este hombre está demasiado borracho,—dijo con despecho María de la O.

—Eso no importa hija mia, eso no importa;—dijo

apareciendo doña Ulpiana que sin duda escuchaba;—yo puedo hacer que se le desvanezca un tanto la borrachera.

—Agua... agua... yo me ahogo... yo me muero... exclamó don Cosme.

En efecto, respiraba con mucha dificultad y se iba poniendo rojo.

Sabido es, que una gran borrachera, puede producir la asfixia.

En una situación semejante se encontraba don Cosme.

Doña Ulpiana se lanzó fuera de la sala y volvió á poco con un botecito de cristal.

Le destapó y le aplicó á las narices de don Cosme. Aquel hombre se estremeció.

Pero bajo el color de su semblante.

Respiró con más facilidad.

—¿Qué es eso?—preguntó María de lo O.

—Esto es amoniaco,—dijo doña Ulpiana;—descuida hija, descuida: dentro de diez minutos, no habrá dejado completamente de estar borracho, pero le encontrarás mucho mejor.

Doña Ulpiana llevó un vaso de agua y vertió en ella cuatro ó seis gotas de amoniaco.

Luego puso el vaso en la boca de don Cosme que bebió con ansia.

Después entre María de la O, y doña Ulpiana, le pusieron en el sofá.

Don Cosme se quedó tranquilo.
Algunos momentos despues dormia.
Su respiracion era fuerte.

CAPITULO XXII.
—

De cómo para embriagarse, es necesario saber bien dónde se coge la mona.

—¿Qué te parece, hija mía; si le registráramos?—dijo doña Ulpiana;—este hombre debe de traer sobre sí algo que merezca la pena.

—Registrarlo para ver si lleva encima algo que me convenga conocer, sí,—dijo María de la O, pero para robarle no.

—¡Robarle! ¡robarle! ¿crees tu que se puede robar á un ladron? todo lo más que se puede es entrar mezquinamente á la parte con él; este hombre no se ha enriquecido sino por el robo... déjate de aprensiones hija mía ..quien hace caso de las aprensiones pierde... ¡robar á un ladron! esto no es posible.

Y doña Ulpiana hundía las manos en los bolsillos de don Cosme.

—El miserable,—exclamó,—apenas si trae algunas pesetas; debe haber dejado á deber lo que ha traído de la pastelería... pero que es esto... ¡un medallón de oro!

—¡A ver, á ver!

—Un medallón de oro de mucho valor,—dijo doña Ulpiana, que le examinaba;—pero muy elegante, elegantísimo... ha debido pertenecer á un collar ó á una cadena; unas armas de nobleza... y por el otro lado un retrato... pero Dios mio, este es tu retrato, hija mia... sí, tu retrato... solo que estas en él pintada como una dama.

María de la O, arrebató el medallón á doña Ulpiana.

Le examinó.

Palideció y tembló.

Se encontró con la reproducción de sí misma, de una manera completa, admirable.

—¡Mi madre!—exclamó de una manera indescribible.

—Sí, indudablemente tu madre,—dijo doña Ulpiana...

—¿Pero como ha venido este medallón á poder de este hombre?

—¿Quién sabe?—dijo doña Ulpiana;—él compra y vende alhajas... él provee á mucha gente rica...

—Habrá pasado ya en alguna manera la embriaguez,—dijo María de la O.

—Sí, indudablemente.

—Déjeme usted sola con él.

—Espero niña mia que te acuerdes,—le dijo doña Ulpiana,—de que yo te he servido bien.

—¡No lo olvidaré! pero déjenos usted.

Doña Ulpiana salió.

María de la O, movió á don Cosme que por el momento no dió señales de despertar.

María de la O tomó el frasco de cristal que contenía el amoníaco, y que doña Ulpiana había dejado olvidado sobre la mesa; le destapó y le aplicó a las narices de don Cosme que por aquella vez estornudó.

Luego despertó y se incorporó.

CAPITULO XXIII.

De cómo María de la O, supo lo que necesitaba saber por el momento.

Don Cosme no se habia despejado completamente, pero estaba mucho mejor.

—¡Ah niña mía!—exclamó—¡estabas tu ahí!

—Pues por supuesto, don Cosme, la ha cogido usted de firme, y era necesario cuidar de usted.

—Es verdad,—dijo don Cosme,—he bebido mucho y luego tus ojos... ellos me han emborrachado más que el vino... me duele la cabeza... tengo el estómago pesado.

—De quien es este retrato,—le dijo María de la O, mostrándole el medallon.

—¡Ah,—exclamó,—el mismo... tú me has robado!

—No,—dijo María de la O,—nadie roba cuando recobra lo que es suyo; este retrato es mi retrato.

—No, no es tu retrato,—dijo don Cosme,—ese retrato se hizo ántes de que tu nacieras.

—Es, pues, el retrato de mi madre.

—Quien sabe.

—¡Ah! tú has dominado ya la borrachera, y te haces el reservado... pues bien, voy á decirte... yo soy gitana... yo adivino... yo se cómo tienes en tu poder este retrato.

—¿Que lo sabes?—exclamó don Cosme, mirando con espanto á María de la O.

—Sí;—dijo ésta,—vamos á cuentas... él estaba enredado con ella... la mogigata, la vieja verde... la buscona... la infame... la desvergonzada... la indecente... la mal llamada duquesa de Campolobos, por que la duquesa de Campolobos soy yo.

Don Cosme miró con espanto á María de la O.

—Sí, yo soy la duquesa de Campolobos,—dijo la niña;—puedo probarlo y lo probaré.. pues bien, ella estaba encerrada con el á pretexto de retratarse... el es un chulapo... si señor, un chulapo... como ella es una mogigata sin vergüenza que engaña á su marido y al mundo entero; ella ha debido regalarle algun collar del cual estaría pendiente este medallon... y él que siempre está á la cuarta pregunta, siempre necesitado de dinero... él que debe conocerte porque eres vecino suyo, ha debido venderte ese collar.

—¡Diablo de muchacha!—exclamó el joyero.

[No ttengo duda de ello,—dijo María de la O,—ú

vives de comprar á los ladrones alhajas robadas.

Se le dilataron los ojos más y más á don Cosme.

—Yo puedo perderte,—dijo María de la O,—yo puedo dar parte á la justicia.

—¿Y qué daño te he hecho yo?—dijo don Cosme, á quien en virtud del amoniaco se le había desvanecido la borrachera y que miraba á cada momento con más interes, con más espanto á María de la O.

—Yo no sé si me has hecho ó no me has hecho daño,—dijo la jóven,—eso yo lo averiguaré... lo que sé es que tú has comprado un collar á Luisito.

—Un collar de muy poco precio.

—Que le ha dado... esa mujer...

—Indudablemente.

—Yo quiero ese collar.

Se trasudó el avaro.

—Es imposible que tengas ese collar,—dijo... le he destrozado... solo quedan las piedras.

—Pues bien quiero las piedras, tu las pondrás de nuevo; quiero ponerme el mismo collar que se ha puesto mi madre.

—Esas piedras valen un millon.

—Y qué me importa... yo te lo pagaré al contado, ¿con que es decir que Luisito tiene un millon de reales?

—Sí, pero sabe Dios lo que le quedará ahora.

—No importa,—dijo María de la O,—no te olvides de que esas piedras son mías; de que yo te daré por ellas el millon que me pides, y á más lo que valga el

montarlas de nuevo: me figuraré que ese millon se lo he dado á Luisito: conque quedamos en eso... no me engañes pues, si me engañas puedo perderte.

—¡Ah, no, no te engaño!—dijo don Cosme.

—Ahora, adios,—dijo María de la O,—que no puedo estar más aquí.

Y llamando á doña Ulpiana, le dijo:

—Echeme usted á la calle y hasta la vista.

CAPÍTULO XXIV.

En qué se acaba de poner al lector en antecedentes.

Eran más de las once de la noche cuando María de la O salió de la casa de doña Ulpiana.

Atravesó á Madrid tranquila, acompañada de su perro.

Cuando llegó á su casa, encontró á su abuela mucho mejor.

María de la O, dió dos pesetas á la pobre vecina y la despidió.

Luego se acostó.

La abuela y la nieta dormían en un mismo cuarto.

María de la O no se durmió si no como á cosa del amanecer.

La habian desvelado sus imaginaciones.

Despertó á la salida del sol.

Mejor dicho, el sol la despertó dándole en el semblante.

Se levantó.

Fué á su abuela.

Dormía.

Parecía mucho mejor.

Algo despues despertó y pidió de comer y de beber.

Se la dió una chuleta y un cuartillo que le sentaron muy bien.

María de la O llamó de nuevo á la vecina que el dia anterior habia cuidado á su abuela y la encargó se quedase con ella.

Inmediatamente María de la O salió llevando consigo á su eterno compañero al lado.

Se fué á la calle de los Estudios á la casa de Luisito.

Preguntó por él á la portera.

La portera le dijo que desde la noche anterior que Luisito habia salido, no habia vuelto.

¡Ah! ¡sí!—dijo María de la O,—tenia dinero, mucho dinero, y la estará corriendo. El volverá; y sobre todo, tiene necesidad de seguir retratando á esa señora.

—Pues esa señora no ha venido,—dijo la portera, y tenia costumbre de venir por la mañana.

—¿Cómo?—dijo María de la O sin poder disimular su despecho; ¿esa señora se pasaba todo el dia con don Luisito?

—No; por las mañanas venia á las siete y se iba á

las diez: por la tarde venia á las seis y se iba á puestas del sol.

—Bueno, bien; yo volveré,—dijo María de la O; y se fué á oír misa á San Isidro.

María de la O era sinceramente piadosa.

Acabada la misa, volvió á casa de Luisito.

Luisito no habia vuelto.

María de la O, no supo qué hacerse.

Creció su cuidado.

Se fué al café del Gallo, y pidió media copa de rom y marrasquino

Estaba inquieta y apelaba al licor.

Se estuvo en el café una hora, y en este espacio se bebió tres medias copas.

Volvió á casa de Luisito.

Aún no habia parecido.

María de la O empezó á desesperarse.

Añaba más de lo que hubiera debido amarle á aquel perdido.

Se fué á su casa, porque no se dijera que estando mala su abuela habia pasado mucho tiempo fuera.

La tia Guitajo estaba mucho mejor y queria levantarse.

No se lo permitió María de la O.

Por la tarde volvió á casa de Luisito, que aún no habia vuelto.

El cuidado de María de la O crecia.

¿Habria sucedido alguna desgracia á Luisito?

Por la noche se volvió muy triste á su casa.

¿Se habria ido de Madrid Luisito con el millon que habia cogido, (así lo creia María); habira robado el collar?

María agonizaba.

Y así pasaron cuatro dias.

Al fin María de la O recibió una carta que la hizo lanzar un grito de alegría.

Aquella carta era de Luisito, y procedia del interior.

Luego Luisito no se habia ido de Madrid.

«Mi querida María, decia su carta: estoy enfermo, muy enfermo, en una casa situada más allá del cuarto molino del canal. Ven á verme. Esta tarde, al oscurecer, más allá del cuarto molino, te estará esperando una persona que te traerá á donde yo estoy: no puedo decirte más. No faltes, porque tengo que decirte muchas cosas importantísimas. Adios.

TU LUIS.

Ya sabemos por qué y á qué iba María de la O por uno de los bordes del canal una tarde de verano al oscurecer.

Veremos lo que sucedió.

CAPÍTULO XXV.

De cómo María de la O, encontró á tiempo un protector desconocido.

El guarda campestre, el vaquero, y el peregrino, se habian puesto como sabemos en demanda de María de la O.

Esta habia comprendido que se la tendia un lazo y se habia separado del sendero que seguia.

Se habia perdido entre los árboles.

Pero el vaquero y el guarda campestre eran muy prácticos en el terreno.

Hicieron al peregrino que esperara.

El no era de la misma manera práctico y les estorbaba.

Se pusieron en caza.

El terreno era gredoso, y á pesar de la yerba conservaba las señales que habian impreso en él los pequeños pies de María de la O.

Esta se habia alejado á la carrera.

Pero la habia detenido el rio.

No llevaba agua bastante para que María de la O no se hubiera atrevido á pasarle.

Era poco más que un arroyo.

Pero era de tal manera lodoso y encenagado por aquella parte, que María de la O temió hundirse.

Le siguió corriente arriba hácia Madrid.

Pero iba al descubierto.

Los que la perseguian podrian descubrirla.

Por lo mismo María adelantaba á la carrera.

El vaquero y el guarda campestre salieron al fin de entre los árboles que orlaban el canal.

Descubrieron á María, que iba que volaba por la margen del rio.

Pero la arena la fatiga extraordinariamente.

Iba ya cansada y fatigada.

De improviso, y cuando ya estaban próximos á ella el vaquero y el guarda, salió un joven cazador de entre los árboles.

Por su traje y por su manera parecia una persona de gran posicion.

Le acompañaban dos criados tambien con escopetas y trajes de caza.

Llevaba algunos perros.

Inspiraban confianza.

María de la O se amparó de él.

—Esos hombres me persiguen, señor,—dijo.

—¿Que te persiguen, hermosa gitanilla?—exclamó el cazador.

Y le temblaba la voz como si la hermosura de María de la O hubiese causado en él una impresion profunda.

—Sí, me han engañado,—dijo María de la O,—me han atraído á este sitio, han procurado apoderarse de mí; yo lo he conocido, he huido y esos hombres me perseguían.

El vaquero y el guarda habian dejado de seguir ostensiblemente á María.

La vista de aquel señor los habia contenido.

Aquel señor se habia vuelto hácia ellos.

Los habia abarcado con una mirada profunda.

Luego habia extendido el brazo con ademan imperativo como ordenándoles que se alejasen.

Ellos obedecieron como si aquel hombre hubiera sido su señor.

Poco despues se habian perdido entre árboles.

Al mismo tiempo María de la O desfalleciendo de cansancio, caía por tierra, se desmayaba.

CAPÍTULO XXVI.

De cómo una mujer enamorada puede mirar con interés á un hombre que no es el de su amor.

No léjos de allí, atravesaba un viejo camino carretero vecinal ya desusado.

El incógnito se acercó á María de la O se volvió hácia ella, y la examinó anhelante.

—¡Ah!—exclamó,—¡la hermosa gitanilla!... ¡mi sueño, mi amor!

María de la O estaba profundamente desmayada.

—Es necesario socorrerla cuanto antes,—dijo aquel señor á sus criados,—haced que se acerque el carruaje.

Uno de los criados partió á la carrea.

Llegó al camino, á hizo seña á los criados de un carruaje, que adelantaba lentamente por un recodo de que arrancasen con rapidez.

Inmediatamente los dos poderosos caballos partieron al trote.

Tres minutos despues, el carruaje habia llegado.

El jóven caballero, que jóven era, y muy distinguido y muy hermoso, tomó á María de la O que continuaba desmayada, en sus brazos, y la metió en el carruaje.

Luego entró él.

Se cerró la portezuela y el carruaje volviendo á tomar el camino, avanzó por él, atravesó el rio y partió al galope.

Diez minutos despues paraba delante de una magnífica quinta que se veia en un altozano.

María continuaba desmayada.

El carruaje entro en el parque y se detuvo delante del vestíbulo de la quinta.

Bajó el caballero.

Llamó y acudieron dos criados.

Les mandó sacasen del carruaje á María de la O.

Empezaba á desvanecerse su desmayo.

—Llevala al cuarto que fué de la señora,—dijo el caballero.

Las criadas se llevaron en peso á María de la O.

El caballero entró en la quinta.

Luego en una bella habitacion riquísima y elegantemente alhajada.

Cambió rápidamente de traje.

Fué á ver á María de la O que en el mismo piso ba-

jo estaba en otra habitacion no ménos rica ni ménos bien puesta.

María habia vuelto de todo punto en sí.

Al ver al caballero palideció.

—¡Oh, gracias, gracias!—le dijo,—debo á usted mas que la vida, porque sin duda le debo mi honor.

—Tranquilícese usted,—la dijo el jóven;—que en mi casa no corre usted peligro alguno.

—Oh, gracias: muchas gracias,—exclamó María.

Y se quedó mirádo atónita al jóven.

CAPITULO XXVII.

En que se empieza á conocer un personaje no muy limpio, á pesar de su noble apariencia.

El por su parte miraba tambien vivamente interesado á María.

Cerraba la noche.

El aposento se oscurecia.

El jóven caballero pidió luces.

Las llevaron.

María estaba pálida y cuidadosa.

—Nada tema usted,—la dijo el jóven;— está usted en el aposento donde murió mi madre; aunque yo fuera un malvado, este lugar seria un templo para mí.

María estaba aturdida.

Por primera vez se sentia cobarde.

El desconocido la impresionaba de una manera poderosa.

Le comparaba con Luisito, y un no se qué misterioso, la decia que entre Luisito y aquel jóven señor que tenia ante sí, no habia comparacion posible.

Esperimentaba una turbacion deliciosa.

Estaba encendida como una amapola y miraba con una creciente timidez á su huésped.

Cuando este acabó de hablar, no se le ocurrió á María de la O, otra cosa que decirle, que:

—¡Gracias!

—Gracias no, obligacion;—dijo el desconocido;—y más que obligacion; algo más, sí, algo más.

Subió en color y en turbacion María de la O.

Su hermosura habia crecido de una manera prodigiosa.

Estaba irresistible.

Sus negros, dulces y poderosos ojos, tenian algo de divino.

Algo de sobrenatural

Estaban inyectados, si se nos permite la frase, de no sabemos que expresion misteriosa.

Fluia de ellos un alma soberana en hermosura, en inteligencia, en amor.

Ella misma, no podia explicarse por qué sentia aquello por un hombre al que veia por primera vez, y tanto más, cuanto que se creia enamorada de otro, y celosa.

Pero de improvise aquel amor habia palidecido.

Aquellos celos habian pasado.

Otro sentimiento más poderoso se había sobrepuesto á ellos.

Un sentimiento más dulce, más íntimo, mas profundo.

Una alegría infinita.

Una fruicion inefable.

Algo poderoso que María de la O no había sentido hasta entonces.

El por su parte la contemplaba absorto.

La devoraba con la mirada.

Con una mirada tímida y trasparente.

Con una mirada que dejaba ver su alma.

Y su alma sino enamorada, sorprendida, deleitada, asombrada.

Aquella alma acariciaba el alma de María.

Se iba mezclando con ella.

Iba haciendo una refundicion.

El callaba.

La contemplaba en silencio.

Al fin la dijo:

—Tiene usted familia: necesariamente: es usted muy jóven.

—Tengo quince años—dijo María, y una abuela ya vieja: una gitana.

—Jamás he visto una gitana tan hermosa,—dijo el jóven.

—Me ha hecho usted mucho daño con esa palabra observó María.

—Daño, ¿y por qué?—dijo el jóven con la voz un tanto trémulo.

—Porque estando yo aquí, por la causa que me ha traído, y en el aposento donde murió su buena madre, no debía usted haberla pronunciado.

—Pues voy á pronuciar otra más grave aún,—dijo sobreponiéndose á su turbacion y sonriendo el jóven: yo amo á usted, ó mejor dicho, te amo, porque el *usted* y el amor no pueden ir juntos.

Y miraba ardientemente á María de la O; pero sin atrevimiento.

Y la sonreía, pero de una purísima manera.

Y temblaba, pero sin miedo.

Sobrevino un nuevo espacio de silencio.

María no sabia qué contestar.

Mejor dicho, no quería contestar,—estaba aturdida.

La parecia aquel jóven señor, el hombre más hermoso del mundo.

—Yo necesito volverme á casa de mi abuela,—dijo al fin.

Tenia miedo de sí misma.

—Yo te acompañaré—dijo el jóven.

—No, no señor,—dijo María de la O,—me basta con la compañía de Prieto.

—¿Quién es Prieto?

—Mi perro,—dijo sonriendo María.

—Gracias por el paragon,—dijo sonriendo tambien el jóven.

—Prieto es muy leal,—dijo María: le conozco casi desde que tengo uso de razon: desde hace muchos años no se ha separado de mí.

—Y, ¿qué, no soy yo leal?

—No lo sé.

—¿Tan joven y ya recelosa?

—Soy gitana, y hablo con franqueza: lo que tengo en mi corazon sale por mi boca.

—¿Y recelas de mí?

—Recelo de todo.

—Pues no tienes tú la más leve apariencia de que te hayan dado lecciones.

María se sonrojó.

—Yo me voy,— dijo poniéndose de pié.

—Espera. voy á mandar que enganchen.

—¿Para qué?

—Tú irás sola en el carruaje.

—No; al verme salir de un carruaje sospecharian de mí.

—Es que de noche podria sucederte otro lance desagradable.

—Dios que me ha amparado ántes me amparará siempre.

—Yo no puedo permitir que te vayas sola.

—Ni yo puedo permanecer aquí más tiempo.

—Escúchame, yo te conozco: yo te he visto muchas veces y te he respetado: yo no podia unirme á una gitana.

Alzó con altivez la frente María de la O.

—Y ¿qué tiene una gitana,—exclamó: no es una mujer como otra cualquiera?

—Sí; pero el mundo... las gentes...

—El mundo y las gentes están locos: un gitano es una criatura de Dios.

—Indudablemente; y con mucha frecuencia, una criatura sobrehumana que como tú tiene mucho de divina.

—Vamos, yo me voy,—dijo María de la O cuya turbación crecía: no me ponga usted dificultades porque creeré que es usted malo.

—De bronce sería necesario ser,—dijo el jóven, para no arrostrarlo por tí por todo.

—Razon más para que yo salga cuanto ántes de esta casa.

—Ya te he dicho que estás en el aposento donde murió mi madre, y que este es un lugar sagrado para mí.

—Pero estamos perdiendo el tiempo, y hablando lo que nada importa: sigamos cada cual por nuestro camino y olvidémonos de que nos hemos conocido, esto es lo mejor.

—Yo no podré vivir sin volverte á ver.

—Un hombre decente no debe decir esas cosas á una mujer honrada, sino para casarse con ella, y como usted no puede ni quiere casarse con una gitana, ni la gitana puede ni quiere permitir que nadie la humille,

vea usted que estamos lo mismo que si no nos hubiéramos conocido.

—Tú tienes una educación superior á las de tu clase.

—Tiene usted razón, porque hay muchos grandes de España que son muy brutales, muy estúpidos.

—¿Y á qué vienen aquí los grandes de España?— exclamó el jóven.

—No hablaba usted de lo de las clases.

—No comprendo.

—Yo, apesar de ser gitana, soy grande de España por todos los cuatro costados; eso no lo sabia yo ayer, pero lo he sabido hoy y lo sabrá todo el mundo mañana.

—¡Cómo! ¡cómo!—explícame eso.

María de la O se habia resentido de la altivez de su jóven interlocutor, y habia querido sobreponerse al juicio que habia formado de ella en cuanto á su clase.

María de la O sacó el medallon que ya conocemos y que habia conservado.

Le mostró al jóven, primero por la faz en que estaba el escudo de armas.

—¡Ah las armas de mi familia!—exclamó.

—¡De su familia de usted!—dijo María alentando apenas;—entonces somos parientes.

—¡Parientes!—dijo el jóven.

—Sí, mire usted,—dijo ella volviendo el medallon:—esta era mi madre.

—En efecto,—dijo él,—el parecido es admirable; ¿y era también gitana tu madre?

—Hasta los huesos, pero se enamoró de ella el difunto conde de Campolobos, el hermano mayor del actual duque, fué honrado, y aunque secretamente con mi madre se casó.

—¡Las pruebas! ¡las pruebas de eso!—exclamó el joven que alentaba apenas.

María de la O estaba en la pendiente y no se contuvo.

Sacó los papeles que tenía en el seno y que ya conocemos, y los presentó al joven.

Este los desenvolvió y los leyó con avidez.

—Pues entonces, nija mia,—dijo al fin,—estás en tu casa, eres mi prima hermana.

—¡Prima hermana de usted!

—Sí, yo soy el conde de Navascues; la buena señora que murió hace dos años en ese mismo lecho, era mi madre; hermana de tu padre; vamos, me alegro, se me ensancha el corazón; veo que yo no me casaré contigo de secreto, como se casó mi tío con tu madre; no, de ninguna manera; será público y muy público... para que todos me envidien;—añadió sonriendo.

María de la O se sintió mala.

La zumbaban los oídos.

Cayó de nuevo sobre la silla, de la cual se había levantado.

—¡Vida mia!—la dijo el conde de Navascues, co-

giéndole una mano y besándosela,—es necesario tomar una resolución decisiva; ¿amas tú á alguno.

—He creído amar, y por ese amor en que yo creía estoy aquí.

—No te entiendo.

María de la O, sacó del bolsillo de su falda la carta de Luisito y la mostró al conde.

—¡Ah! ¡ya!, ¡sí!, ¡conozco esto!—dijo el conde:— ¡comprendo ahora! ¡vamos, una infamia! ¡y amas tú á ese hombre!

—No amo á nadie,—dijo María de la O, que contemplaba profundamente al conde, con acento grave y profundo.

—Yo creía que habías simpatizado en gran manera conmigo.

—Yo veo misterios en usted,—dijo María de la O,— no tengo duda de que usted conoce á las gentes que han querido apoderarse de mí.

—Las conozco tanto como que soy su jefe.

—¿Jefe de qué? ¿jefe de bandidos?—exclamó María de la O,—porque ¿qué otra cosa son que bandidos los que me acechaban?

—Bandidos no, si dijeras facciosos, como dicen los liberales tal vez acertarías; somos carlistas; la guerra civil ha fracasado de nuevo; resistimos, sin embargo.

—Si no es más que eso, ¿que más me dá á mí que sea usted carlista ó liberal?

—¿Qué no eres tu republicana?

—Yo soy mujer.

—¡Ah prima de mis entrañas! tú eres una sabia,

—Pero no me gustan los carlistas.

—Y ¿por qué?

—Porque vosotros los carlistas quereis á los clérigos.

—Y tú no los quieres.

—Respeto mucho al sacerdocio por que soy cristiana, però los curas y los frailes me enfurecen:.. yo no se por qué.

—De modo que á tí no te gusta que yo sea carlista.

—Con tal de que sea usted de los que no quieren á los curas, me dá lo mismo.

—Bravo, bravísimo; tranquilízate; yo soy de los que quieren á los curas, porque hacen propaganda, porque nos ayudan, por que nos traen dinero; pero en el fondo soy liberal, yo quiero un libertad moderada, el imperio de la justicia.

—¿Quiére usted que le diga una cosa?

—Habla, que ello será bueno.

—Pues yo quisiera que se olvidára usted completamente de la política: los nobles y los ricos deben dejar la política para los pelones que se la buscan y que estan hambrientos de dinero ó de honores: pero ¿qué nos puede dar el rey ni el roque que ya no lo tengamos? ¡á no ser que quisiéramos que nos hicieran reyes!

—Y tienes razon que te sobra,—dijo profundamente.

te el conde, solo los pobres se deben meter en ciertas cosas, lo pensaré, me desliaré de los compromisos en que estoy...

—Tal vez por falta de dinero...—dijo audazmente María.

—Pues sí, bien,—dijo con acento decidido el conde... estoy arruinado y vivo de espedientes.

—¡Arruinado!—exclamó María de la O.

—Sí, pero el mal estado de mi casa no lo conoce nadie.

—Aún siendo yo prima hermana de usted,—dijo María de la O, ¿se casaría usted conmigo si yo fuera pobre?

—Sí,—dijo sin vacilar el conde, porque hace mucho tiempo que te conozco; que estoy enamorado de tí, y cuando te he hablado, cuando te he conocido más por completo he enloquecido de amor.

—Dios perdone á usted si usted miente,—dijo María de la O,—estoy sufriendo mucho, por que yo... yo...

—Acaba ..

—Yo tambien me he enamorado. . yo tambien me voy volviendo loca.

—¡Alma de mi alma!—exclamó el conde haciendo un movimiento como para abrazarla.

—Pero no estoy todavía loca hasta el punto de perderme,—dijo María de la O.

—Perdóname, prima mía, si puede más mi cora-

zon que mi cabeza; pero mi sufrimiento durará poco: tu tienes tus papeles, mañana serás mi mujer.

—¡Mañana! pero por mis papeles resulta que somos primos hermanos; ¡y la dispensa!

—Mañana la traigo yo de Toledo con el mandamiento para las nupcias.

—¡Ah! ¡no, tan pronto!

—¡Tan pronto!

—¿Y sino me hicieran justicia? ¿Si yo no llegara á ser duquesa de Campolobos?

—Me importaría poco.

—¿Si yo fuera muy pobre..?

—Me importaría ménos.

—Yo no sé porque desconfío,—dijo con su espantable franqueza María; hay en usted algo que me pone muy en cuidado, y sin embargo, yo amo á usted .. sí, le amo... no puedo negarlo... me siento completamente indiferente respecto al otro... es más, irritada, avergonzada por la ilusion que me he hecho de que le queria... no, no lo puedo dudar... amo á usted como si sólo para amarle hubiera nacido... como si le hubiera conocido toda mi vida... yo no que era el amor. . no creía que se pudiera sentir tan sabia lo grande y tan de improviso... sí, sí... yo amo á usted sin otra condicion que la de mi honra.

—¡Oh! ¡y yo me abraso!..—exclamó el conde... la dispensa... para traerla al momento será menester un

dineral... ¡Ah! tú no sabes lo que se oculta á veces tras el esplendor de los grandes.

—Sea como quiera... yo soy rica, podemos contar en el momento con cuatro millones.

—¡Cuatro millones!—exclamó el conde.

—Sí, con cuatro millones, porque don Nicolás y don Justo que son los depositarios no se negarán.

—Es necesario que yo te acompañe á Madrid.

—No, no... iré yo sola: iré en buen hora en un carruaje, y con criados que puedan defenderme: por lo demás, no hay necesidad de una tal precipitación... tal vez á pesar de lo que siento piense mañana de otra manera... quién sabe si esto es una embriaguez... un sueño...

—¿Un sueño, una embriaguez?—exclamó el conde.

Y se quedó profundamente pensativo y mirando anhelante á María de la O

—Me voy, decididamente, me voy,—dijo María de la O; si quiere usted que continúemos hablando, en el barranco de Embajadores núm. 35, hay una reja.

—Iré á las diez.

—Le espero á usted.

Como no habia que enganchar el carruaje, porque estaba allí á la puerta el en que habian ido, María de la O entró en él con Prieto.

—Al portillo de Embajadores,—dijo al cochero.

—El carruaje partió.

Hasta que desapareció estuvo en el vestíbulo el conde.

—¡Prima mía!—exclamó;—¡aquella prima mía que estaba perdida, que tenía inquieto á mi tío... y gitana .. qué me importa, los estados de Campolobos son magníficos .. y luego cuatro millones al contado... y las circunstancias en que me hallo... y ella está loca por mí... no puede ni quiere disimularlo: ¿qué me importa todo? lo que decia Quevedo: *Dineros son calidad*.

Después de esto entró en la quinta y en su cuarto
Tocó un botón eléctrico.

Se presentó inmediatamente un criado.

—Busca á Patas-tuertas,—le dijo y que venga al momento.

CAPÍTULO XXVIII.

En que se vé bastante de claro en claro al señor conde de Navascues.

Quince minutos despues el tio Patas-tuertas, se presentaba al señor conde de Navascues.

Este tio Patas-tuertas, era el vaquero que ya conocemos.

—Guarde Dios á vucencia,—dijo al entrar: ¿Qué tiene vucencia que mandarme?

—Siéntate, le dijo el conde.

—Muchas gracias, señor;—dijo el baquero soltando el sombrero en el suelo, y sentándose en el mismo divan en que el conde estaba.

—¿Por qué perseguiais á la gitanilla esta tarde al ascrecer,—preguntó el conde?

—Como vucencia ha estado fuera dos dias, no hemos podido darle parte de ello ni de otras muchas cosas; los negocios van bien: ha resultado el *entierro* de los ciento setenta mil francos: han pagado la letra en Bayona: el dinero está en poder del Pantufo, ménos diez mil pesetas que se han enviado al Saladero, y otras cinco mil de gastos de comision.

—Me viene bien ese dinero.

—Hay además una colecta de diez mil duros «dinero de San Pedro:» de ellos hay que pagar á los alista dos unos tres mil duros: hay que mandar á Toledo otros dos mil: quedan en fondo para vucencia dos mil.

—Me alegro,—dijo el conde: estamos muy mal: nuestra hacienda se contaba por pesetas.

—El otro asunto nos ha producido algo.

—Cual es el otro asunto.

—El de la gitanilla.

—¡Ah, sí! ¿y en qué consistía ese asunto?

—En atraerla y matarla.

—¡Diablo! ¡diablo! y por cuenta de quién se hacía ese asunto.

—Por cuenta del señor duque.

—¡Ah!—exclamó el conde, como si no hubiera sabido nada ó no hubiera podido sospechar nada;—¿y para que quiere matar mi tío á la gitanilla?

—No lo sabemos señor, solo sabemos que ayer muy temprano el señor duque me buscó y me dijo:

—«Es necesario que os apodereis de una muchachuela, de una gitanilla que vive en el barranco de Embajadores, que es muy hermosa, como de quince años, y que se llama Maria de la O; cuando la tengais en vuestro poder, allá cerca de la dehesa la despachais; importa mucho; para atraerla teneis un medio; un me mozalvete que la quiere y á quien ella quiere mucho; ofrecedle dinero; es un pillete que hará traicion á su novia: el puede servir de cebo; que llame á pretexto de estar malo y que quiere verla á su novia á la casilla del guarda campestre. Como él no lo hade hacer sin dinero, ofrécele hasta cuatro ó cinco mil duros si es necesario.»

Me dió las señas del pintor y las de su casa. y yo le busqué.

No estaba.

Me eché por esos mundos de Dios, y me lo encontré en una timba..

Estaba casi moribundo.

Habia perdido cerca de cuarenta mil duros, y peleaba como un desesperado con algunas onzas que le quedaban y que tambien *palmaron*.

Entonces yo ví la mia.

Me acerqué á el, me lo llevé á un lado y le dije:

—Si quiere usted volver mañana con dinero fresco á buscar el desquite véngase usted conmigo.

Don Luis que así se llama, cuando le dí el vistazo

de algunos billetes de banco, se vino conmigo como un gato tras el pescado.

Tomé un coche de plaza, y me lo traje á la casita.

Entonces le dije de lo que se trataba.

Se negó al principio.

Resistió á la oferta de diez mil reales.

A la de veinte mil.

Pero al fin se ajustó el borrego por cuarenta mil.

Le dí la mitad cuando escribió una carta para la niña.

Se convino en que se le daría la otra mitad cuando la niña estuviera en nuestro poder.

Por aquí quedan á vuecencia cuatro mil duros, por que como la niña no está en nuestro poder, no hay que dar los otros mil á Luisito: y aun si vuecencia quiere podemos quitarle al señoritingo los mil que ya se le han dado.

—No, dale los otros mil, me ha servido bien sin quererlo, pero no le sueltes; bájale al sótano; me hace falta.

—Aun me queda algo de que dar cuenta á vuecencia: se han espendido en estos dos dias en Madrid tres mil y pico de duros en moneda falsa y títulos falsos, y se han enviado quince mil á las provincias.

—Bueno, bien... no estamos del todo mal: dime de mi tío.

—El señor duque me ha dicho que cuando todo esté concluido, le avise, que quiere el ver por sus propios ojos á la gitanilla muerta.

—Bueno, bien; marcha, ofrece otros dos mil duros á ese hombre, porque escriba una carta que atraiga á mi tia.

—¡Cómo señor!

—Si, tú eres de confianza; yo conozco todos los negocios que tienen relacion con mi tio, conozco los que él mismo no conoce; mi tia política, es querida de ese tunante y está loca por él.

—¡Ah! ¡ah! ¡y que suerte tienen estos chulapitos! las mujeres estan dejadas de la mano de Dios.

—La duquesa acudirá indudablemente; la metemos tambien en el sótano.

—Muy bien, señor.

—Además vete ahora mismo á la estacion del ferrocarril del mediodia; pide un tren especial para Toledo, que tenga la caldera encendida, y en disposicion de marchar cuando yo llegue. Espérame en la estacion, con cuatro mil duros en oro.

El tio Patas tuertas salió.

El conde mandó enganchar otro carruaje.

Se vistió con sumo esmero.

Se perfumó.

Entró en el carruaje y se hizo conducir á Madrid.

Cuando entraba en él por el portillo de Embajadores, daban las diez en el reloj de San Cayetano,

El conde bajó del carruaje en la Ribera de Curtidores y mandó á sus criados le esperasen allí.

Poco despues estaba junto á la reja de María de la O que le esperaba.

CAPITULO XXIX.

De cómo María de la O afontraba el peligro,
conociéndolo.

María de la O habia encontrado mucho más aliviada á su abuela.

Durante la ausencia de la jóven, la tia Guitajo, que sabia ya que no se moria, que lo conocia por sí misma, hizo que llamasen al escribano, y á don Justo y á don Nicolás.

—Pues señor,—les dijo,—no se ha hecho nada, por que yo no me muero; quédese así el testamento; pero vengan los cuartos y las alhajas, que mejor están en mi casa que en ninguna parte, y á mí no me han de robar y pueden robar á ustedes.

Se ofendieron gravemente aquellos hombres honrados de la grosera desconfianza de aquella bruja que

demostraba harto claro lo que era, manifestando que ella no temia á los ladrones, y se apresuraron á llevar el dinero y las alhajas y á descargarse del depósito por un documento extendido por ante el escribano y dos testigos.

Despues se fueron echando chirivitas.

El escribano, despues de cobrar sus derechos, se fué tambien.

El dinero y las alhajas quedaron en un gran saco, debajo de la cama de la tia Guitajo.

Esta estaba terriblemente inquieta.

Sabia que su nieta tenia los papeles que probaban su origen.

Esperaba una terrible visita.

La del marqués de Campolobos, al que á la muerte de la madre de su nieta, de su propia hija, se habia vendido.

La tia Guitajo habia comprendido perfectamente que á su muerte, el padre de María de la O, no la habia de hacer la tutora de esta.

Quiso usufructuar su secreto.

Pero guardó las pruebas del nacimiento de María de la O, como un medio que pudiera demostrar que solo era duque por la ignorancia en que se estaba del casamiento secreto de su difunto hermano mayor, con la hija de la tia Guitajo.

La bruja habia sido una fiel guardadora del secreto para el duque de Campolobos.

Este se habia detenido ante el crimen, cuando todo se habia reducido á dar dinero á la tia Guitajo para que callase.

En caso de necesidad, estaba resuelto á sacrificar á su mujer y á casarse con su sobrina.

Pero en esto se habia equivocado.

La gitanilla, la verdadera duquesa, habia resistido á sus sugerencias.

Llegó al fin, como hemos visto, el momento supremo, y el duque se decidió por la muerte de María de la O.

La Providencia, únicamente, habia impedido aquel crimen.

Tenemos, pues, á la vista, una multitud de mogigatos.

Una multitud de hipócritas.

De sepulcros blanqueados, hermosura por fuera y podredumbre por dentro, como dice el Evangelio.

Y aún nos queda algo más que ver.

María de la O, habia bajado del carruaje de su primo ántes de llegar al portillo de Embajadores.

Se sentia más y más enamorada; de una manera violenta, pero recelosa.

Su poderoso instinto la decia que en su primo, el señor conde de Navacué, habia mucho de moneda falsa.

Pero respecto á ella, aquel mismo instinto la decia que su primo la amaba hasta la locura, que en esta

parte no era moneda falsa, sino muy legítima; que estaba mortalmente apasionado de ella.

Le decía, además, su razón, que ella era un gran partido para su primo, que había tenido la franqueza de decirle que estaba arruinado y valiéndose de expedientes para sostener la representación de su rango.

A María de la O la importaba de todo nada, con tal de que su primo, de quien se había enamorado tan inesperada, tan rápida y tan definitivamente, la quisiera con toda el alma y se casase con ella.

Pero quería saber que género de reputación tenía el señor conde de Navascués.

Había en la calle de Embajadores una comadre de las que viven de la reventa de alhajas, que conocía al dedillo á toda la aristocracia de Madrid.

María de la O la conocía, porque doña Tomasa era antigua amiga de la tía Guitajo.

Esta la había casado bien dos hijas.

Doña Tomasa estaba muy agradecida á la tía Guitajo.

Sobre todo esto, la traba la sangre, porque transversalmente era gitana, aunque nadie lo sabía, y algo parienta de la tía Guitajo, y por consecuencia, de María de la O.

Se fué ésta á casa de doña Tomasa, que estaba comiendo.

—Vaya, chavala,—dijo,—vienes á buena hora: siéntate y come, hija; y cada día más hermosa; yo no sé

á donde vas tú á ir á parar; me parece que por lo hermosa y por lo honrada y lo buena niña, vas á enamorar á algun ricote, que por tenerte cerrará los ojos y embestirá.

—Eso está ya, doña Tomasa,—dijo María de la O, poniéndose muy colorada y sonriendo como un ángel.

—¡Calla, chica! pues mira, lo creo, que tú eres una tentacion. Pero come, mujer.

—No tengo gana, doña Tomasa, muchas gracias.

—Vamos, estás atragantada; señal dé que el novio es jóven y buen mozo, que tú no te atragantarias por un viejo, ni por un feo.

—Veinticinco años, doña Tomasa, y hermoso como un sol,—respondió María de la O, poniéndose más encendida y sonriendo con más placer.

—Vaya, hija, sea enhorabuena; ¿y cómo anda de *quisquis* ese señor? porque esto es muy importante.

—Los *quisquis* me importan á mí poco; lo que á mí me importa es la reputacion que tenga.

—Pues hija, quien tiene muchos, muchos *quisquis* lo tiene todo, hasta la juventud y la hermosura.

—¡Quite usted allá, que el dinero me importa muy poco á mí!

—Eso lo dices ahora, porque eres niña y no sabes lo que son miserias; cuando te hayas cansado de matrimonio, y estés cargada de hijos, y tengas más experiencia, ya verás lo que los hijos tiran, y que todo parece poco para ellos; pero ¿quién es, quién es?

—Usted debe conocerle, porque es de la aristocracia, doña Tomasa.

—¿De la aristocracia, dices? Andate con cuidado; mira que los aristócratas de hoy no son de fiar.

—Es el conde de Navascués,—dijo María de la O.

—¡Ah! ¡ah! ¡eso es otra cosa! ¡un jóven dignísimo, muy religioso, muy decoroso! Vamos, un hombre á la antigua, á pesar de que es muy jóven. ¡Vaya si le conozco! y conocí mucho á la buena de su madre, que sobre ser una gran señora, era una santa; así ha salido el señor conde; las madres son las que hacen los hijos: buena madre, hijo bueno, eso no falla; pero extraño mucho que el señor conde te haya prometido casarse contigo. Pero, ¿no es una figuracion tuya, Mariquita de la O?

—¡Figuracion, y tiene empeño en que mañana á la noche nos casemos, y dice que él hará que se llenen todas las formalidades á fuerza de dinero!

—¡Y te lo ha dicho él!—exclamó con extrañeza doña Tomasa.

—Y me lo ha jurado, y está medio muerto,—dijo María.

—Pues si él te lo ha jurado, ténlo por más seguro que el sol que sale; es el honor mismo, la misma virtud; apostaría á que tú eres su primer amor. ¡Qué jóven tan excelente, tan excelentísimo! le viene bien el tratamiento. ¡Si vieras cuantos prelados y cuántos santos varones concurren á su casa! porque él no se

trata con gentes de tres al cuarto, sino con personas de ciencia y de virtud; es hermano mayor de no sé cuántas cofradías; tiene yo no sé cuántas camas en el Hospital General; mantiene y da trabajo á no sé cuántos pobres; está haciendo siempre ofrendas á la Virgen de esto y á la de lo otro; hace un mes que compró para una santa vírgen de Múrcia una diadema de brillantes que le costó diez mil duros; todavía no me los ha pagado; pero no importa, los tengo más seguros que si estuvieran en el Banco de España; así me debiera diez millones, sería igual; nada, nada, hija, tienes una suerte deshecha; vas á ser feliz, picaruela, y me alegro mucho, porque lo mereces. ¡Y no se ha parado en que eras gitana! ¡No ha visto más sino que eres un ángel y que estás muy bien edacada y pura como un lucero! Esto es ser un hombre de virtud, y amar con el alma lo que debe ser amado, y no como otros, que aman únicamente la vanidad y el interés.

María de la O comprendió, sin esforzarse mucho, que doña Tomasa hablaba de buena fé.

Esto queria decir que su primo tenia una gran reputacion.

María de la O no necesitaba saber más, y se despidió y se fué, á pesar de que doña Tomasa, por satisfacer su curiosidad, hizo esfuerzos para detenerla.

—Así se vive en el mundo,—dijo María de la O, saliendo de casa de doña Tomasa; —la apariéncia, la farsa, la mogigatería, la astúcia; ¡y qué me importa! él

me ama, me ama con toda su alma; yo le adoro, yo le convertiré, yo haré que deje de ser mogigato, y que sea verdaderamente un hombre de honor.

CAPÍTULO XXX.

En qué María de la O conoce más y más á su futuro.

La tia Guitajo pretendió tener una explicacion con su nieta y la pidió duramente los papeles.

—Ya es tarde abuela,—dijo la jóven,—muchas gracias por haberme tenido en la ignorancia de quien yo era; pero ya es despues: tengo tomadas mis medidas para ser desde mañana lo que debo ser, y tengo quien me ampare: conque no hablemos más de esto.

Mediaron algunas otras contestaciones, y tanto dijo á la abuela la nieta, que entró en tierra de miedo y transigió.

María de la O la habia hablado con entereza; pero sin insolencia.

La Guitajo, por consecuencia de la disputa, sintió un gran apetito.

Se comió media gallina en pepitoria, se bebió dos botella y se durmió con el sueño de los justos.

Por las respuestas de su nieta, comprendió que ésta cuando llegase á ser duquesa de Casalobos, no la abandonaría.

Por el contrario que ganaría mucho.

Ya hacia un rato que la bruja se habia dormido, cuando sonaron las diez.

María de la O fué á ponerse en la reja.

A poco llegó el conde.

Por el peladero de pava que con él tuvo, se convenció María de la O de que no la habia engañado doña Tomasa.

Don Gaspar habia escondido las uñas.

Guardó una gran compostura con María de la O.

Ella dijo que ella era la primera mujer con quien habia hablado de amores.

Que la creia un ángel.

Que tenia la seguridad de que lo era.

Que aunque no fuera su prima, más que una pobre gitana, por sus virtudes, que se revelaban sólo al verla, se hubiera casado con ella.

Aseguró que si estaba arruinado, era por sus obras de caridad.

Que él sabia que los ricos para ser adeptos á Dios, debian ser los administradores de los pobres.

En fin, ni San Vicente de Paul, hubiera podido hablar con más sumision ni de una manera más cristiana.

Pero debajo de todo esto, María de la O veía en el conde para ella, un amor apasionadísimo, un amor indudable, que debía crecer en vez de amenguar: en una palabra: un enamoramiento mortal, una locura.

Esto era lo que á María de la O le importaba.

Con esta base estaba segura de dominar á su marido.

En fin, despues de las doce, se retiró el conde, advirtiéndole á María de la O que estuviese confesada y comulgada, que de esto no podia prescindirse para que pudiera hacerse el casamiento á la noche siguiente.

María de la O se retiró con el corazon alegre de una parte, triste de otra.

Amaba al conde, *porque sí*, no podia decir otra cosa.

Pero la repugnaba tanta mogigatería.

—Y bien,—dijo: ¿quién hoy no es más ó ménos mogigato? ¿quién no hace alarde de virtudes que no tiene? El mundo estúpido que no pasa más allá de las apariencias, es la primera causa de esta asquerosa hipocresía que se encuentra por todas partes: de que corran por buenas tantas negras monedas falsas. Así está hecho el mundo y así hay que tomarle.

María de la O se acostó para no dormir.

La desvelaba el amor.

Empezaba á tener cuidados.

A pensar en algo serio.

CAPÍTULO XXXI.
—

En que se trata de una boda muy singular.

El conde partió para Toledo en un tren especial á la una de aquella misma noche.

Llegó al amanecer.

Llevaba los cinco mil duros en oro que le habia dado Patas tuertas, y todos los papeles pertenecientes al origen y al nacimiento de María.

Era un gran señor, no se encontró dificultad; se apresuraron los términos por esta y la otra razon que se suponía y entraba en Madrid á las doce del día siguiente preparado todo lo que hacia falta, y con el mandamiento cerrado para el cura de San Lorenzo.

Estaba, además, confesado y comulgado.

La ceremonia fué lo más original que puede darse.

María de la O acudió á la iglesia en coche, muy engalanada á lo gitana, muy llena de cadenas, de collares y de sortijas, muy retepeinada, muy hermosa, *dando el ópio*, como ahora se dice, tirando á los hombres de espaldas y á las mujeres de envidia, sonriente de felicidad y pudorosa y anhelante.

La acompañaba doña Tomasa, todo empavesada á lo manola, con una gargantilla de perlas gordas retorcida, que parecia un cable; con tantos brillantes que metia miedo, con sedas y encajes y un pañuelo japonés que valia un caudal.

Iba con ella un sobrino suyo chalan, derramando poder, y tres ó cuatro primos y primas, y no sabemos cuantos sobrinos de ambos sexos, todos pertenecientes al manolaje, y todos de gran gala.

Por parte del conde no iban más que algunos amigos íntimos modestamente vestidos de etiqueta.

Podia decirse que por parte de la nobleza aquel casamiento era semisecreto.

No se habia dado parte á nadie.

El conde satisfacía su amor, y al mismo tiempo hacia un negocio.

Acabada la ceremonia, se fueron todos á la antigua fonda de la plazuela de la Cebada.

Doña Tomasa y su primo eran los padrinos de María de la O.

Un grande, en representacion de la corona, aun que sin ruido, el padrino del conde.

Se comió, se bebió, se cantó, se bailó, hubo una gitanada y una manolada de órdago, y todos salieron peneques.

A la caída de la tarde se disolvió la reunion y el conde se llevó á su prima hermana, ya su mujer, á su quinta, donde como es prudente, los dejaremos en paz durante algunas horas.

El destino de Mariquita de la O, se habia fijado empezando por aquel viclento, rápido y excéntrico matrimonio.

CAPÍTULO XXXII.

En que María de la O con su marido, se puso en camino de determinar definitivamente su posición.

A las diez de la noche se dejaron ver los recién casados en el jardín de la quinta.

Hacía una noche hermosísima.

La luna lo argejaba todo.

Difundía una luz poética, melancólica.

Hacía un fresco delicioso.

Poco después apareció en el jardín el tío Patas tuertas.

Se acercó al conde y le saludó.

El conde se apartó de su mujer.

—Ya tenemos los dos pájaros enjaulados,—dijo el vaquero al conde.

—¡Ah! ¡mis tíos!

—Sí señor.

—Por supuesto que no se habrán visto.

—De ninguna manera, señor, el señoritingo está en la carbonera; la duquesa en la cueva: el duque en el piso bajo.

—Han caído, pues, en la red.

—Sí señor.

—Pues es necesario concluir,—dijo el conde.

Y acercándose á María de la O, la dijo:

—Querida mía, ha llegado el momento: yo creo que no habrá dificultad alguna, y que dentro de dos ó tres días te podrás presentar como duquesa de Campolobos.

—Eso me importaría muy poco sino fuera por tí,—dijo María de la O;—pero te advierto que hemos de cambiar de vida.

—Por supuesto ángel mio; y además que con tus rentas y las mías rescatadas podremos enviar al diablo los expedientes y la hipocresía.

—Y los delitos, hijo mio, los delitos: es menester cubrirlo todo profundamente, vivir en paz; afortunadamente tú no has cometido crímenes y tienes muy buena reputación; te dedicas al bien, y yo haré que le tomes el gusto y lo hagas por afección.

—Tú eres mi ángel tutelar,—dijo el conde.

—Más vale así,—dijo María de la O;—Dios sabe si á pesar de tu amor, del que no dudo, sino hubieras

necesitado de mis rentas, te hubieras casado conmigo.

—¡Ah, no! tú me fascinas, tú me enamoras, tú eres mi inmensidad; Dios te ha hecho para que me transformes.

—Pues más vale así, me alegro, vamos ahora á acabar nuestro negocio.

La naturaleza los habia hecho para entenderse.

Ella tenia la certeza de cambiarle en otro hombre completamente distinto.

El la conciencia de que María de la O era su alma, su presente, su porvenir, su eternidad.

Salieron de la quinta en carruaje.

El tio Patastuertas iba delante á caballo sobre su jamelgo, guiando.

Atravesaron la pradera.

Al fin se detuvieron junto á una casa aislada.

No era ni un ventorrillo, ni una quinta, ni siquiera una casa de campo.

Era lo que podia llamarse un nido de mala gente.

Tenia el aspecto sombrío.

Las paredes rogizas y con grandes desniveles.

El tejado verdinegro.

Abandonado.

Sobre él crecian plantas salvajes.

Parcía que aquella casa fatídica tenia una cabellera siniestra.

Sobre esta cabellera, por decirlo así, descollaba una negra chimenea.

La puerta y las ventanas estaban cerradas.

Las maderas aparecían secas, fibrosas, descarnadas, si se nos permite la frase.

Tenían un color violeta impuro.

Estaban desvencijadas.

El vaquero llegó á la puerta de la casa y llamó.

Se abrió inmediatamente la puerta, y apareció el fraile capuchino, con el capúz de su hábito calado hasta los ojos.

Tras él apareció el peregrino que ya conocemos.

En este momento otro personaje dió por fuera la vuelta á la casa, se acercó al carruaje de los recién-sados y abrió la portezuela.

Cuando salieron se inclinó profundamente ante ellos.

Era el guarda camprestre.

El capuchino y el peregrino, habían salido de la casa y se habían inclinado también reverentísimamente ante los jóvenes.

Allí hacía falta la policía.

En España la policía está en todas partes para incomodar, pero en ninguna para ser útil.

Entraron el conde Navascues y su bella esposa María de la O.

Se nos ha olvidado decir que la joven llevaba su bizarro traje de fiesta á lo gitana.

Se metieron en una pequeña sala del piso bajo.

En aquel mismo aposento, apenas si había alguna sillas de pino y una mesa.

Una bujía puesta en un mal candelero alumbraba téticamente la escena.

CAPITULO XXXIII.

El principio de la expiacion.

María de la O y el conde se sentaron detrás de la mesa en dos malas sillas.

Parecia como que se constituia una especie de tribunal.

Los cuatro galafates, esto es, el peregrino, el capuchino, el vaquero y el guarda campestre, estaban á la puerta.

—Traed al señor conde, —dijo el conde de Navas-cués,— y luego retiraos.

El peregrino y el capuchino se alejaron; los otros dos desaparecieron poco despues.

A los cinco minutos, el usurpador duque de Cam-polobos estaba delante de sus dos sobrinos.

La puerta de la sala se habia cerrado.

—¡Ah, que eres tú!—exclamó con altivez y con imperio el duque,—¡y ella, también ella!

Y sus miradas pasaban alternativamente del uno al otro de los jóvenes.

—Sí, mi querido tío,—dijo el conde,—soy yo, tu sobrino, y esta es María de la O, tu sobrina también, mi esposa.

—¿Y quién te ha dicho á tí que esa muchacha sea mi sobrina?—dijo el duque con la voz insegura, y temblando de los piés á la cabeza.

—No te molestes, mi querido tío, no te melestes,—dijo el conde de Navascués;—todo esto está ya magníficamente arreglado; me he encontrado á esta, que me ha enamorado hasta las entrañas y me ha convertido; yo creo que principalmente me ha convertido, fuera de su hermosura y de su magia, que para mí son irresistibles, con el pingüe dote que me ha traído; esto es, con su título de duquesa de Campolobos, que tú posees criminalmente, y con todos los estados y preeminencias de ese título, de que tú indebidamente estás en posesion.

—Todo esto es una falsedad inícuca, una acusacion incalificable; tú quieres *hacerme el espanto*, y te engañas; yo no conozco á esa muchacha para nada.

—Trata con más respeto á una dama de tu familia, mi queridísimo tío, que además de esto es mi mujer; déjate de desvergüenzas y de audacia; siéntate,

porque tú cuenta puede ser un poco larga, y escucha.

—Nada tengo que escuchar,—dijo el duque;—se me hace víctima de una violencia infame; se me ha traído aquí engañado.

—Sí, te habían prometido que aquí te presentarían su cadáver, y no te han engañado, mi caro tío, porque aquí vas á ver tu honor muerto.

—¡Mi honor muerto!

—Sí; pero aún no ha llegado el momento; antes es necesario que escuches; yo tengo grandes informes: conozco perfectamente tu historia; me la ha revelado mi difunta madre, que era una virtuosa, una santa señora, que se horrorizaba de tí.

—¡Una hipócrita, una mogigata!—exclamó el duque; ¿sabes tú acaso, mi querido sobrino, si eres hijo del hombre cuyo título llevas, de mi hermano?

—Solo sé que existo,—dijo con un cinismo de todo punto repulsivo el conde de Navascués,—que nadie puede poner en duda la legitimidad de mi nacimiento, y por lo demás, me importa muy poco saber quien fuera ó quien no fuera verdaderamente mi padre.

—Tú eres otro miserable como él, y como ella, otro hipócrita, otro mogigato.

—Como tú, ni más ni ménos; por lo mismo nos podemos ofender el uno al otro; nos conocemos bastantemente; por lo demás, y en cuanto á lo positivo, es necesario que cada cual ocupe el puesto que le

corresponda; todo cuanto tienes pertenece á mi noble esposa, María de la O, hija de la otra María de la O á quien tú, dándote golpes de pecho en público, asesinaste en secreto.

—El asesinado, bien lo veo, soy yo.—dijo el duque, que estaba poseido de miedo.

—¿Y para qué necesitamos asesinarte? mi esposa tiene las pruebas completas de que es hija legítima de tu hermano mayor el difunto, ó mejor dicho, el envenenado duque de Campolobos, tu hermano.

—¡Las pruebas completas!—dijo el duque, cuyo temor crecía.

—Sí, mi querido tío, sí; tú te apoderaste del secreto que envolvía el casamiento de tu hermano con la gitana María de la O, que no por ser gitana y por estar casada en secreto con tu hermano dejaba de ser legítimamente la duquesa de Campolobos; la tía Guiltajo, su madre, abuela de mi mujer, viendo que los crímenes que habías cometido no tenían remedio, que si los denunciaba no sería fácil probarlos, que si los probaba, su pequeña nieta María de la O, á la que criaba en secreto, sería puesta bajo la tutela de cualquiera de sus parientes, y que ella quedaría abandonada, prefirió pactar contigo, te vendió la venganza de su hija, y calló, y crió á María de la O en la ignorancia de su origen, pero previsora, la hizo educar como se educa á una señorita, y guardó además las pruebas con que en un momento dado podía

reivindicar á su nieta en todos sus derechos; ese momento ha llegado, mi buen tío; la tía Guitajo se ha creído en peligro de muerte y lo ha revelado todo; es más, mi mujer tiene las pruebas de su nacimiento, pruebas indudables; esto lo sabes bien, porque ella ha cometido la imprudencia de decírtelo, y por esta imprudencia ha estado á punto de ser sacrificada; gracias á que para asesinarla te has entendido con gentos mías, y á que yo he encontrado inmediatamente á mi esposa, de quien ya estaba hacia mucho tiempo enamorado, cuando huía de los asesinos; y es que á la corta ó á la larga, mi querido tío, todos los secretos se descubren por la Providencia de Dios.

—Acabemos de una vez,—dijo desesperado el duque.

—¡Ah! la cuenta está de todo punto terminada; María de la O vive; ha escapado de tus amenazas; es para tí inviolable, porque la protejo yo; tú no puedes continuar siendo duque de Campolobos; la duquesa legítima, única, tiene todas las pruebas necesarias, bastantes y sobradas de su legitimidad; ni aún puede haber pleito; á más de que en un pleito por fuerza, se pondría de relieve toda la historia de tus crímenes, y tendríamos un ajusticiado en la familia, porque esos crímenes tuyos se han previsto y nos importan muy poco, porque cada cual responde de sus actos.

—¡Se me acusa, se me acrimina!—exclamó el du-

que, que conocia bien á su sobrino y se sentia cogido, y sabia que no tenia escape.

—Siempre la divina Providencia, mi querido tio.

—¡La Providencia! ¡la Providencia! ¡siempre tu hipocresía, siempre tu mogigatería odiosa!

—¡Pues no que la tuya, amadísimo tio!

—Yo soy ya viejo; ya no puedo vivir mucho; no tengo hijos; arreglémonos secretamente.

—¿Qué sabes tú si puedes tener hijos?—exclamó el conde,—tú mujer está aún fresca y robusta, y ama, con toda su alma.

—¡Que ama mi mujer!—exclamó con acento rugiente el duque,—¡una santa! ¡una mujer admirable.

—¡Una mogigata de primer orden! ¡que si ama! tú vas á convencerte antes de poco; por tus mismos ojos, por tus mismos oídos. Ya te he dicho que habiendo venido aquí en busca del cadáver de la hija de tu hermano, de la duquea de Campolobos, te vas á encontrar con tu honor muerto, con tu corazón desgarrado, porque tú amas á tu hermosa cónyuge, mi respetable tio.

—¡Qué ama! qué ama!—exclamó aturdido el duque!

—Sí, á un sietemesino; á un artista melenudo, que la está retratando desde hace un siglo; no sabes tú de cuánta trascendencia es ese retrato.

—¡Sangre y rayos!—exclamó el duque;—pero eso es una infame calumnia; eso no puede ser.

—¡Ah! ¡ah! ¡que eso no puede ser! tú vas á verlo.

—exclamó el conde,—despues hablaremos; ¿pero para qué es hablar? tú no has venido aquí sino para recibir tu castigo, y vas á recibirlo. ¡Ola!

Se abrió la puerta del fondo, y entraron el peregrino, el capuchino, el vaquero y el guarda.

—Apoderaos del señor duque,—dijo el conde,—atadle y ponedle la mordaza.

—¡Infames!—exclamó el duque procurando defenderse.

Pero la defensa era imposible.

Aquellos cuatro sicarios se apoderaron de él.

En un momento estuvo atado y amordazado.

—Llevalle allí; detras de aquella puertecilla,—dijo el conde, señalando una que habia en un ángulo.

El duque fué conducido.

CAPÍTULO XXXIV.

De cómo un marido puede ver algo horrible sin poder evitar que lo horrible continúe.

El conde y María de la O salieron de la sala baja.

Se trasladaron á una habitacion inmediata.

Merced á una puerta medianera podian ver lo que se dijese y se hiciese en la sala.

Esta habia quedado abierta.

A poco se sintió el roce de un traje de seda.

Se abrió la que podia llamarse puerta principal de la habitacion, y apareció la duquesa.

Estaba pálida, lívida, como aterrada.

Pero apesar de esto, hermosa.

Pero aquella vez no llevaba su hábito.

Iba vestida con suma coquetería.

Miró en torno suyo con inquietud.

Miró recelosa las dos puertas de entrada y de escape.

Tras la una estaba atado y amordazado el duque y contenido por los satélites del conde.

Tras de la otra, observaban el conde y María de la O.

La duquesa aparecía allí como una fiera vencida.

Y decimos como una fiera, porque había en ella mucho de fiera.

Mucho de espantoso.

Sus ojos relampagueaban de una manera terrible.

Temblaba toda.

Sus labios estaban orlados de una espuma amarillenta.

Preveía algo terrible.

Estaba preparada á todo.

Se abrió al fin la puerta de entrada y apareció Luisito.

Venia también aterrado.

Aparecía también cuidadoso y receloso.

—¿Qué es esto?—exclamó la duquesa, olvidándose de todo al ver á Luisito;—yo te creía enfermo, gravemente enfermo, se me ha engañado indignamente, cuando he llegado aquí se me ha faltado al respeto, se me ha encerrado: esto es infame y tú sabes quien es el autor de esta infamia.

—Yo no soy cómplice de nada, señora mía: yo no

hago otra cosa que lo que me mandan hacer; yo deploro que hayamos llegado á este caso; pero yo estoy cogido, cogido, sí, completamente cogido. No es este el momento de las explicaciones, luego las tendremos; porque me parece que yo voy á matará tu marido, que para eso te se ha traído aquí, que para eso estoy yo aquí; yo no tengo duda de que el señor duque está oyendo y viendo.

—¡Cómo! ¡qué!—exclamó aturdida la duquesa.

¿Y qué nos importa: que vea y oiga, que no pueda tener duda?

Y avanzando de improviso, abrazó á la duquesa y le dió un sonoro beso en la garganta.

Oyóse en aquel momento proviniendo de una de las puertas de escape, un rugido de fiera.

—¿No lo decía yo?—exclamó Luisito;—ahí está tu marido.

—¡Mi marido!

—¿Qué importa? dentro de muy poco serás viuda; no tendremos que encubrirnos; nos amaremos.

Se oyeron dos golpes violentísimos en la puerta de escape de la derecha.

Sin duda los había dado con los pies el duque.

—Corriente,—dijo Luis;—ahí le tienen para que lo vea, para que lo oiga todo, para que no pueda dudar para que se mate conmigo; para que todo pase por un duelo.

—¡Ah y si él te mata!—exclamó olvidándose de todo la duquesa,—él es feroz.

—Fanfarronería, hipocresía de valor, mentira, mentira todo, como es mentira su honor, su probidad, su piedad; farsa y mogigatería por todos lados.

Sonaba violentamente el rugido de fiera tras la puerta de la derecha.

—Ven, —dijo Luis á la duquesa,—abrázame; ámate, que te vea, que lo sepa, que erie coraje y más coraje para que yo pueda matarle mejor.

—Oh, sí, sí, —dijo la duquesa arrojándose en los brazos de Luis,—aunque me maten, aunque me despedacen, yo te amo, yo te adoro, yo estoy loca por tí, yo soy tuya; tengo celos.

—¡Celos, y de que!

—Celos, sí, celos de esa maldita gitana.

—Yo no amo á nadie más que á tí; y tú eres mi vida... y tu serás mi esposa,—dijo Luis.

Volvió á sonar el rúgido más profundo más feroz que nunca.

—Basta ya,—dijo entrando el capuchino, al cual no se veía el semblante: es necesario concluir, sígame vucencia, señora.

—¿Qué nueva infamia se prepara?—dijo la duquesa.

—Síguele, sin cuidado,—dijo Luis,—todo está preparado; nada temas, tu marido no puede ya nada contra tí ni contra nadie, está perdido por todos lados.

—¡Pero si te mata!—exclamó anhelante la duquesa.

—¡Oh, yo te aseguro que no!

—Ruego á vucencia,—dijo el capuchino,—que me siga.

—Sí, sí,—dijo Luis;—no opongas resistencia; es menester concluir cuanto antes.

La duquesa miró con ansiedad á Luis.

Luego se arrojó en sus brazos.

Reclinó la cabeza sobre su hombro y rompió á llorar.

Luego se separó de él y siguió al capuchino.

Luis quedó solo.

Oyó ruido; como de echar llaves en la puerta de la derecha.

Luego, muy pronto se restableció el silencio.

Un silencio profundísimo.

Pasó así como media hora.

Al cabo se oyeron pasos tras la puerta de servicio.

Se abrió.

Apareció el conde.

—Muchas gracias,—dijo,—es usted un hombre formal é inteligente, pero usted lo ha dicho á esa mujer, y ha dicho bien; es asunto concluido: sígame usted.

Luisito siguió al conde.

CAPÍTULO XXXV.
—

De cómo la justicia se encuentra con un proceso en el que tiene muy poco que hacer.

Algunos momentos despues, dos grupos, el uno delante del otro y á una corta distancia, marchaban por entre los árboles del canal cerca ya de la dehesa de la Muñoza.

El primer grupo le componian el duque de Campolobos, el capuchino y el peregrino.

El segundo, Luisito, el vaquero y el guarda; hacia una luna muy clara.

Aquellos lugares estaban de todo punto desiertos.

Detrás de los dos grupos y á una larga distancia, iba una pareja.

Ella era Marfa de la O.

El el conde de Navascués.

Llegaron los dos grupos á un claro entre los árboles cerca de las ruinas de un casucho.

Segun todas las apariencias, se trataba de un duelo.

Los dos adversarios se quedaron á alguna distancia el uno del otro.

Los que podian considerarse como padrinos del uno y del otro, el peregrino, el capuchino, el vaquero y el guarda campestre, se acercaron los unos á los otros y conferenciaron en voz baja.

Despues de algunos instantes de conferencia, el peregrino sacó de debajo de su hábito dos espadas.

Los padrinos se acercaron á sus respectivos apadrinados.

Dieron á cada uno ellos una espada.

Una buena espada de duelo.

Dieron además á cada uno de ellos un pliego cerrado, que cada cual guardó en su bolsillo.

Despues de esto, probaron el terreno y le midieron.

Una vez cerciorados de que el terreno era firme, igual, fueron por sus apadrinados y los colocaron el uno frente al otro.

Despues se separaron á ambos lados.

La luna, como se ha dicho, era muy clara.

Podian batirse bien.

—Atencion,—dijo entonces con la voz firme pero un tanto cabernosa el peregrino:

Algunos segundos despues, añadió:

—¡En guardia!

Los dos adversarios tomaron la guardia; pero sin saludarse.

—Haced vuestro deber, señores,—dijo el peregrino.

El duque y Luisito se acometieron.

El duque estaba ciego de cólera, y apretaba á Luisito de una manera terrible.

Luisito se atenia á la defensa.

Paraba y volvía á parar.

Retrocedía.

Estaba completamente sereno, en tanto que el otro aparecía frenético de furor.

A fin de no ser lanzado hasta los árboles, hasta la maleza, Luisito hizo un cambio.

Dió una huida de costado.

Una huida imprevista.

Una huida precisada por la necesidad, y al paso intencionada.

Luisito habia salido de línea por la derecha.

El duque quedó al descubierto.

Quiso cubrirse, y acudió rápidamente á la línea.

Pero era ya tarde.

Luisito habia premeditado aquel movimiento.

Le habia s dido bien y le aprovechaba.

Se habia dejado ir á fondo.

Habia alcanzado en pleno costado izquierdo con una terrible estocada al duque.

Éste lanzó un rugido indescriptible.

Espantoso.

Vaciló.

Dió algunos traspasos.

Al fin cayó de espaldas.

De su costado saltaba la sangre como de un surtidor.

El capuchino se acercó á él, le examinó y dijo:

—Muerto; completo y perfectamente concluido: muerto.

—Vaya con Dios,—dijo Luis.

Y arrojó la espada.

Nadie la recogió.

El muerto se habia quedado con la suya en la mano.

Se alejaron todos.

Se perdieron entre los árboles.

El conde y María de la O que ocultos por el carruaje habian presenciado el duelo, se fueron tambien.

María de la O, iba muy impresionada.

Todo aquello le parecia horrible.

—Era preciso,—dijo el conde.

Y no hablaron más

Llegaron á la casilla.

La duquesa habia partido ya en su carruaje.

Luis se alejaba acompañado de los cuatro satélites del conde por las orillas del canal.

El conde y María de la O, se volvieron en su carruaje á la quinta.

Al día siguiente unos cazadores encontraron el cadáver del duque.

Buscaron una pareja de la Guardia civil.

La llevaron al sitio funesto.

Uno de los guardias se quedó guardando el cadáver y otro fué á buscar al juez del distrito.

Cuando llegó, y reconocido que fué el cadáver se encontró sobre él una carta, que escrita al parecer de su puño y letra decía:

«Puedo muy bien morir en duelo: este duelo ha sido motivado por palabras ofensivas pronunciadas en una disputa inconveniente: que no se busque á mi adversario porque no se le encontrará.

EL DUQUE DE CAMPOLOBOS.

La justicia que busca siempre un pretexto, una causa, para salir de los procesos que producen los lances de honor, no se dió prisa á buscar al homicida.

Nadie sabia que el duque de Campolobos, que era tenido por un justo, por un beato, por un ser inofensivo, se hubiera comprometido con nadie.

Su mujer, la excelente, la virtuosa, la cristiana, lloró mucho, aparecía inconsolable.

Nadie sabia que de noche, reservadamente, por un postigo del jardin, entraba á altas horas un hombre á quien una doncella de confianza, conducia al aposento de la señora, y que aquel hombre se retiraba al amanecer.

El lance habia quedado profundamente encubierto y sin mengua de la honra, ni del honor de nadie.

CAPÍTULO XXXVI.

Conclusion.

Se hicieron unos suntuosísimos funerales al duque. Todo el mundo se asombraba de que el infortunado duque se hubiera batido en duelo.

¡Pero el honor! ¡oh, el honor!

—¡El honor hace milagros!—decían muchos.

—¿Quién sabe lo que habrá debajo de todo eso?—decían otros.

En definitiva, se enterró al duque, y á los ocho días todo el mundo se había olvidado de él.

Murió el duque *abintestato*: su herencia pasó legalmente al pariente más próximo.

Este pariente lo era como sabemos el conde.

Tan enamorado estaba el conde de su mujer, que

quiso poner en claro su legitimidad y que se reivindicase en su herencia.

Pero María de la O le dijo:

—Yo no quiero nada en el mundo más que tu amor y cuantos más sacrificios haga por mí tu amor, le estimaré más; necesariamente ha de violentarte el estar casado con una gitana; siente hasta por mí la violencia.

—Pero y si no tenemos hijos, y yo muero, y tú te casas con otro.

—Eso no puede ser,—contestó María de la O,—porque yo no puedo tener hijos que no sean tuyos, y si tú mueres yo me iré detrás.

No había quien sacara de aquí á María de la O.

Sin embargo se había traslucido el secreto.

La tía Guitajo había hablado.

La palabra había corrido.

La nobleza había hecho informaciones.

Había resultado de claro en claro probado que la legítima duquesa de Campolobos era la gitana María de la O.

Se abrieron los salones para María á pesar de ser gitana.

María tenía una magia irresistible.

Al fin tan público se hizo que ella era la duquesa de Campolobos, que fué reconocida como tal.

Entonces por la primera vez, reconocida ya, repuesta en su verdadera posición, dejó María de la O su

traje de gitana, y se comprendió que era una señora perfecta, lo que artes á causa de su traje, que, por probar á su marido, llevaba á todas partes, no se conocía bien.

El conde habia dejado todos sus malos manejos; y bien á tiempo, antes de verse comprometido.

Habia cortado completamente las relaciones con su pasado.

Su mujer le dominaba, y le dominaba por amor.

De una manera dulce.

De una manera deliciosa.

Parecia como que se habia trasformado.

Que habia infundido en él una nueva existencia.

Al fin se trasformó del todo.

Habia dejado de ser mogigato.

Pero practicaba el amor y la caridad.

Ella era una dama respetabilísima, que sin mogigatería, sin alardes de piedad, era perfecta piadosa y hacia cuanto bien podia.

Por el contrario, la duquesa viuda.

Habia dejado pasar el año del luto y seis meses más.

Se habia casado al fin con Luisito.

Nadie sabia ni podia sospechar que Luisito hubiera sido el matador del duque.

El retrato se habia al fin concluido.

Figuraban en el testero principal de la bonita, aun modesta casa, en que vivian los dos felices esposos.

María de la O había hecho una posición prima á la duquesa.

La había dejado además las alhajas de su pertenencia que eran una fortuna.

Al ver el rango de Luisito y casado con una hermosísima duquesa viuda, todavía de moda, sobre todo por su *gran virtud*, había crecido incomensurablemente la fama de Luisito como artista.

Se le habían acordado dos premios de primera clase en dos exposiciones.

Los periodistas le habían elogiado hasta la saciedad.

Le habían puesto en las nubes.

Había pescado un premio en una exposición de París.

Era en fin un artista *morrocotudo*.

Y sobre todo se elogiaba su religiosidad.

El clero le buscaba y le favorecía.

Retrataba á los obispos, á los canónigos y á los curas, que le encargaban cuadros para sus conventos y sus iglesias, cuyo precio salía del bolsillo de los benditos creyentes.

Engordaba á más y mejor.

Tenia dos grandes cruces, y gastaba muchas condecoraciones extranjeras.

Parecía, en fin, un título.

Su buena esposa, siempre obediente y enamorada, edificada á las gentes con su hábito; con su humildad, con su virtud.

Pero iba con frecuencia á visitar á doña Ulpiana.

Esta seguía siendo grande amiga del usurero don Cosme.

Se cubrían los vicios, la avaricia y las infamias de una manera perfecta.

No se daba escándalo.

La corriente de cieno iba bajo flores.

Y bajo flores místicas.

Cuando os tropeceis con uno de esos séres dulces con una dulzura empalagosa, virtuosos, místicos, humildes, con los ojos bajos, yendo del hospital á la iglesia, de la iglesia al asilo, si habeis leído este libro, acordaos.

Es muy posible que esa virtuosa y piadosísima señora, en la apariencia, sea una infame, cuando no una bribona, un demonio encubierto bajo el manto de la mogigatería.

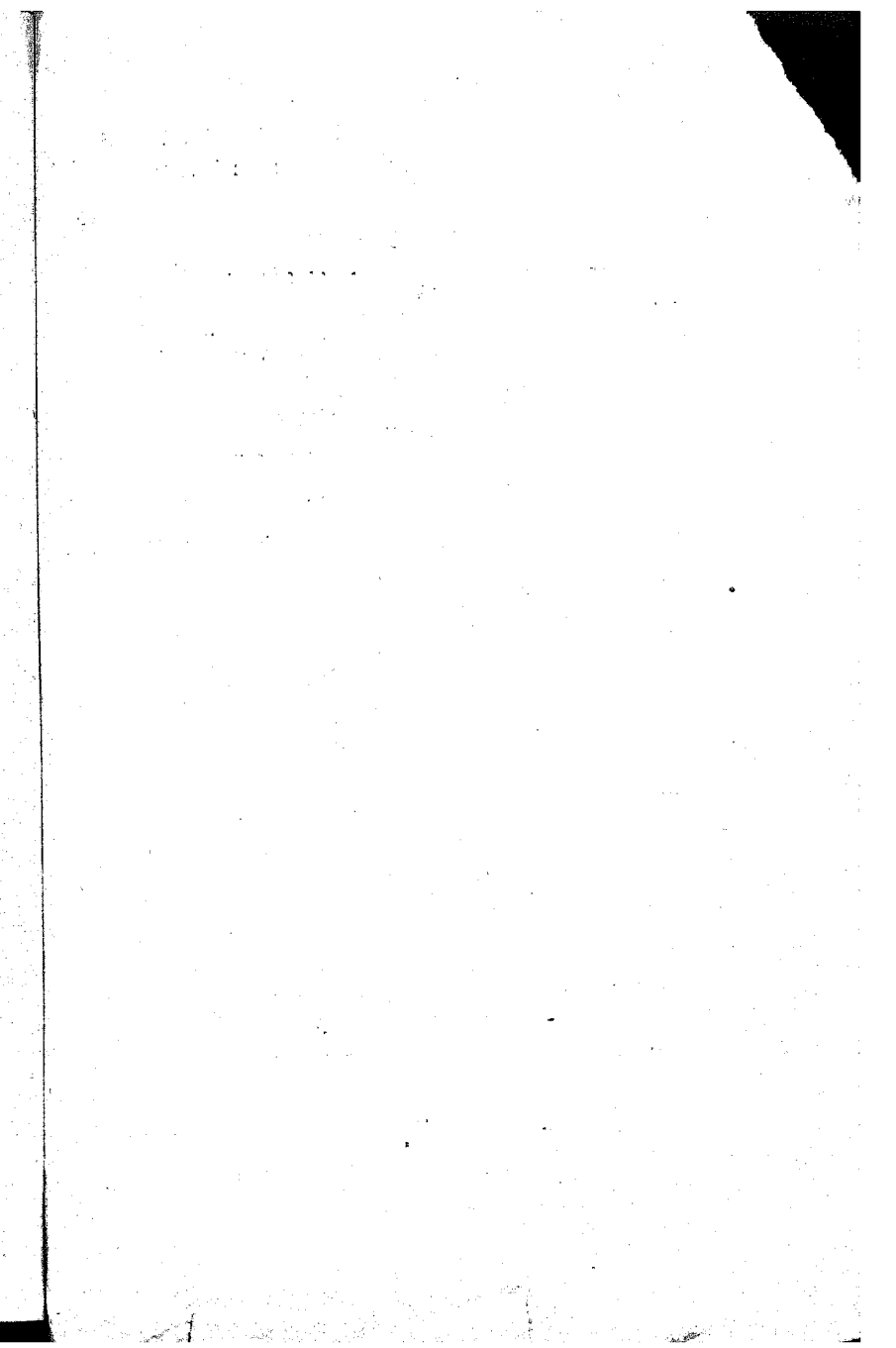
La vida es cara, y es necesario obtener su precio á todo trance.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—Una hermosa niña.....	5
— II.—Una emboscada.....	9
— III.—Un misterio.....	14
— VI.—Tres palizas preparatorias.....	19
— V.—En que empieza á dar buenos resultados la paliza de la Bernabela.....	21
— VI.—De cómo puede haber un tesoro en la casa de una gitana.....	23
— VII.—De cómo unos cuantos papeles pueden cambiar gravemente la situacion de ánimo de una persona.....	29
— VIII.—De cómo una mujer se expone á un disgusto yendo á visitar cuando no lo espera, á su novio	33
— IX.—Un señorito á la moda.....	38
— X.—Una buena muestra de hasta donde puede llegar el amor de una vieja buena moza, por un jóven bonito.....	43
— XI.—Una buena muestra de mogigatería.....	52
— XII.—Principios de campaña.—Una buena esponja.....	59
— XIII.—De cómo María de la O se introdujo casi á viva fuerza en su propia casa.....	64
— XIV.—Primer relámpago de la tormenta.—Un usurero siguiendo á una mujer.....	68
— XVI.—Una extraña beata.....	77
— XVII.—Una trampa de lobo.....	84
— XVIII.—Una nueva bribona.....	89
— XIX.—En que se dá á conocer una epidemia.....	94
— XX.—A lgo más sobre la mogigatería.	103

CAP. XXI.	— De cómo doña Ulpiana sabia hacer coger una borrachera y tambien quitársela.....	107
— XXII.	— De cómo para embriagarse es necesario saber bien donde se coge la mona	112
— XXIII.	— De cómo María de la O supo lo que necesitaba saber por el momento.....	115
— XXIV.	— En que se acaba de poner al lector en antecedentes.....	119
— XXV.	— De cómo María de la O encontró á tiempo un protector desconocido	123
— XXVI.	— De cómo una mujer enamorada puede mirar con interés á un hombre que no es el de su amor.....	126
— XXVII.	— En que se empieza á conocer un personaje no muy limpio, apesar de su noble apariencia...	129
— XXVIII.	— En que se vé bastante de claro en claro al señor conde de Navascues	143
— XXIX.	— De cómo María de la O afrontaba el peligro, conociéndolo ..	149
— XXX.	— En que María de la O conoce más y más á su futuro.....	157
— XXXI.	— En que se trata de una boda muy singular.....	160
— XXXII.	— En que María de la O, con su marido se puso en camino de determinar definitivamente su posición.....	163
— XXXIII.	— El principio de la expiacion...	168
— XXXIV.	— De cómo un marido puede ver algo horrible sin poder evitar que lo horrible continúe.....	175
— XXXV.	— De cómo la justicia se encuentra con un proceso en el que tiene muy poco que hacer ...	180
— XXXVI.	— Conclusion.....	186



BIBLIOTECA DE LUJO.

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

OBRAS EN UN TOMO ENCUADERNADAS Á LA RÚSTICA

al precio de

CUATRO REALES CADA UNA

FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

La Candeala de San Jaime.
Los Tenorios de Hoy.
Los Farsantes.
El Pozo de los Sapos.
El Rey Hambriento.
Las Calderas del Rey D. Jaime.
Doña María la Brava.
Las Monedas Falsas.
El Castillo de las Siete Mancas.
Las Boscavas.
La Beata del Tocon.
Las Mogigatas.

ORTEGA Y FRIAS

La Gente de Pega.
La Sombra de Felipe II.
Los Hijos de Salinas.
El Primer Destaz.
Los Libertinos.

PINA Y DOMÍNGUEZ

Un Seductor de Criadas.
El Hombre de las Tres Pelucas.
Pericances de Tres Mujeres.

CONDE DE FABRAQUER

El Beso de la Duquesa.

HENRY DE KOCK

Las Trece Noches de Juanita.
Ni Viuda, ni Casada, ni Soltera.
La Hija de su Padre.
Los Besos Malditos.
Memorias de un Comico de la Legua.
Diabolina ó el Sexto Mandamiento.
La Querida del Coronel.
El Amor Irohado.
El Maestro de Escuela.
El Hombre Mujer.
Las Mujeres Honoradas.
Hombres y Perros.

A. DE SAN MARTÍN

La Edad de Hierro.
La Sacerdotisa de Vesta.
El Patriarca.
La Honda de Pan y Huevo.
El Real de Santa Fe.
Heliochabato.

VÍCTOR HUGO

Los Miserables.

VIZCORDE DE SAN JAVIER

La Loca del Buen Retiro.
Tres Años en Fernando Páo.
El Invisible.
Don Juan el Tuerto.
La Novicia de las Huelgas.
La Manola de Lavapiés.

A. DOMAS, HIJO

La Dama de las Camelias.

PERRON D'ARC

La Austriala.

DOMINGO DE SANTOVAL

El Millón de Solano.
Siete Semanas en Barro.
Los Viejos Verdades.

SECO Y SHELLY

Cuatro Mujeres... y un Cabo.

PAUL DE KOCK

El Nieto de un Ladrón.
La Torca de las Tres Enaguas.
La Inocente Virgilia.
La Muñeca en busca de su Mujer.
Los Arroyuelos.

Papa Suero.

Un Joven Misterioso.

La Señora de Pantalon.

Las Nubes, el Vino y el Juego.

El Regar de las Desdichas.

Gustavo el Casavero.

A. BURGOMEZ

Memorias de un Granuja.

Para recibir cualquiera de estas obras por el correo, porte franco, remitir cuatro reales en libranza á su editor D. URBANO MANINI, Ecceletos, 7, Madrid.

En caso de no haber libranzas puede remitirse en sellos, certificando la carta.